

Javier Fresno Campos

El cambio y lo esencial

Itinerario para repensar
las cofradías en el siglo XXI



Primera edición, septiembre de 2023

© Javier Fresno Campos

ISBN: 978-84-19635-63-1

Depósito Legal: SE 1734-2023

El cambio y lo esencial

Itinerario para repensar las cofradías en el siglo XXI

PRESENTACIÓN

La religiosidad popular es una dimensión muy importante de la fe y de la vida de la Iglesia, no sólo en nuestra diócesis de Zamora sino en toda España y también más allá de las fronteras de nuestro país. Es esa fe hecha cultura que se transmite de padres a hijos, se vive y se tiene presente en los momentos señalados de la vida. Como dice el Papa Francisco, no sólo es una forma de auténtica piedad cristiana sino también de espiritualidad: la espiritualidad popular, la espiritualidad de los sencillos, del pueblo santo de Dios.

Ahora bien, tiene sus amenazas. Siempre había estado sometida al riesgo de dar la primacía a la dimensión cultural sobre la religiosa, y también de dejarse influir por presiones políticas, sociales y económicas. Pero el principal riesgo hoy en día no es algo exclusivo de la religiosidad popular, sino de toda la vida de la Iglesia. Estamos en un momento de fuerte cambio, como no se ha visto en siglos, que algunos interpretan como el desafío mayor que vive la fe cristiana en los últimos 1500 años.

Si dejamos que las corrientes secularizantes sin más inunden el ámbito de la piedad popular, es posible que no tardando mucho sea irreconocible como fenómeno de fe. Ya existen algunos ejemplos de ello. Por tanto se hace necesario y urgente diagnosticar la situación actual, ver en qué forma afecta concretamente al mundo de la religiosidad popular, y apuntar soluciones que permitan renovar este conjunto de manifestaciones con esperanza de futuro.

Don Javier Fresno, delegado para la Religiosidad Popular, Cofradías y Hermandades de la diócesis de Zamora, lleva tiempo trabajando en la formación de los cofrades. No tanto en impartirles una serie de conocimientos que deban adquirir, sino ante todo en que ellos sean los primeros que reflexionen sobre el hoy y el mañana de las hermandades. Sí miedo, porque el Espíritu nos asiste y acompaña, y porque las cofradías han vivido muchas crisis a lo largo de su ya larga historia. Pero también sin dejadez, no permitiendo que el día a día con sus mil problemas nos despiste de lo realmente esencial.

Por eso ha llamado a su obra “El cambio y lo esencial”. El cambio es lo que estamos viviendo hoy, lo que debemos vivir como protagonistas y no simplemente como víctimas. Lo esencial es igual de esencial para la vida de una hermandad que para el conjunto de la Iglesia: dar primacía a la relación con Cristo, a la vida de comunidad, a la transmisión de la fe, a la evangelización en el mundo, a la defensa de una cierta cultura cristiana.

Deseamos a esta obra, que ahora lanza el autor en edición impresa, no sólo un éxito editorial sino ante todo que sirva a su finalidad: que los cofrades, especialmente los de esta diócesis de Zamora, mediten sobre la situación de la fe hoy y sepan ser protagonistas de un mañana vivo y evangelizador.

Fernando Valera

Obispo de Zamora

INTRODUCCIÓN

¿Por qué “El cambio y lo esencial”?

En cada uno de nosotros late un permanente anhelo de estabilidad y un cierto miedo a todo cambio. Una de las principales tareas de la sociedad del bienestar ha sido protegernos frente a los riesgos, de cualquier tipo: laborales, sanitarios, económicos... Pero el miedo al cambio va más allá de evitar riesgos. Nos incomoda porque aleja de lo conocido y controlado, donde nos sentimos más o menos a gusto, hace abandonar seguridades y rutinas, introduce en el terreno de la incertidumbre y pone delante un reto que siempre exigirá un esfuerzo adicional. Tendrá un coste; habrá que buscar soluciones nuevas, aprender, probar y equivocarse hasta acertar. No sabemos si responderemos bien a la nueva situación. Aunque nos digan que es para mejor, cualquier cambio origina desasosiego, incluso estrés.

El mundo cambia continuamente, desde siempre. Basta ver la historia de las cofradías para comprobar cuántos cambios han experimentado a lo largo del tiempo. Aun siendo las mismas organizaciones, manteniendo una identidad esencial, qué poco tienen que ver las hermandades gremiales medievales con las de penitencia del siglo XVI, las barrocas, las románticas... y así hasta nuestros días. Podemos intuir cómo nuestros antepasados vivieron momentos de preocupación y crisis semejantes a los actuales, cómo se vieron presionados por las circunstancias y cómo se esforzaron en dar respuesta, la adecuada en cada momento. Quizá estos cambios se aceleran hoy, a todos los niveles: en la vida laboral, familiar, en la movilidad personal, en la situación económica y sanitaria... Nuestro “tranquilo y seguro” siglo XXI comenzó con una crisis económica global y luego nos ha traído una pandemia y una guerra en Europa, cosas inimaginables en este momento. Lo mismo en el terreno de las convicciones personales y sociales.

En la breve, pero prolífica, historia de los encuentros y congresos de cofradías hemos tenido ocasión de vivir grandes cambios. Cuando surgió todo esto, en la década de los 80, estábamos asistiendo a una profunda transformación social. Junto a la renovación del Post-Concilio tenía lugar la Transición política en España, el fin de un viejo modo de entender el binomio religión-sociedad y el inicio de uno nuevo. Las hermandades comenzaban a adaptarse a la situación y a afirmarse sobre valores nuevos y a la vez tradicionales, sobre una identidad histórica muchas veces repensada y reconstituida. En los encuentros lo que hacíamos era conocer lo que otros intentaban hacer y explicar lo nuestro, intercambiar búsquedas y experiencias; por eso eran tan vivos. Luego vinieron años de tranquilidad y afianzamiento, quizá también de una cierta acomodación. Y así, los acontecimientos actuales pueden pillarnos desprevenidos.

En un primer momento pensé titular estos materiales “Cofradías post-COVID”. Durante la pandemia, en julio y agosto de 2020, preparé unos temas de formación cofrade. En ellos se pasaba revista a una serie de aspectos de la vida corriente que habían quedado afectados por la situación sanitaria: la vivencia personal de fragilidad e inseguridad, las relaciones con las cosas y con los demás, el aprendizaje de otros ritmos, el tiempo para uno mismo y para Dios... Las preguntas que nos hacíamos todos, desde los psicólogos y sociólogos a los medios de comunicación, y al final cada uno de nosotros, eran las mismas: ¿Cómo nos va a cambiar esto? ¿Vamos a aprender algo de esta situación? ¿En qué aspectos saldremos renovados?

Parece que ha pasado mucho tiempo desde entonces, y ya hasta mentar la pandemia produce hastío. Pero han sido sólo tres años. Desde 2021, especialmente en el 2022, tuvimos la tentación de pasar página y de olvidar todo, regresando a una vida “casi” normal. Y digo casi porque es cierto que hemos cambiado: probablemente nos hemos vuelto más individualistas, menos participativos, más perezosos. Los responsables

de asociaciones y movimientos se quejan de la apatía, de la falta de participación y colaboración. Además de un problema es, ante todo, un reto.

Al mismo tiempo, somos conscientes de que estamos entrando en un mundo nuevo. No es un fenómeno de hoy: la secularización de la sociedad viene de largo, y tampoco es nuestro país el peor escenario. Observo que buena parte de los agentes de pastoral, muchos de mis compañeros sacerdotes por ejemplo, sienten desorientación y cansancio; no han sido preparados para esto. Y en el mundo cofrade pasa igual: somos conscientes de que las cosas no van bien, pero nos aferramos a seguir hablando de lo siempre y haciendo lo de siempre. Y con un relativo triunfalismo porque, al fin y al cabo, hace un par de años no podíamos ni salir a la calle.

Un día, en determinado congreso cofrade, asistía a una mesa redonda sobre el arte en la transmisión de la fe. No éramos muchos en la sala, la mayoría estaban fuera cogiendo publicidad o simplemente conversando. Yo me quedé porque esperaba alguna propuesta novedosa, cuando de pronto veo que la conversación se centra en el IVA que se aplica a los bordados, reivindicando que sea un tipo reducido al tratarse de bienes culturales. Me levanto y salgo de la sala. No es que los bordadores y su economía, cualquiera de los artesanos que suministran a las hermandades, no sean importantes ni merezcan apoyo. Es que en la actual situación, con el secularismo acosándonos por fuera y por dentro, con el futuro de las hermandades siendo un interrogante para todos, nuestra reflexión, nuestros encuentros, tienen necesariamente que hablar de otras cosas. Urge recentrar el debate, volver a poner en el centro lo que es importante, volver a hablar de la fe, de la sociedad de hoy, de la cofradía de hoy.

Comento el problema con mis compañeros de la Comisión de los encuentros y congresos nacionales de cofradías, y estamos de acuerdo. Hay que poner lo esencial en el centro de los encuentros, de las discusiones, de las publicaciones, de los pregones semanaseros. Es una tarea prioritaria.

De ahí nace la propuesta de este itinerario. De la necesidad de reflexionar ante el profundo cambio social y religioso que estamos viviendo, del que somos especialmente conscientes ahora que ha pasado el COVID y ha dejado tras de sí una estela de desinterés y pasividad. Una reflexión de todos, porque la renovación de las hermandades no puede ser algo teledirigido, tiene que ser un anhelo que anide en el corazón de cada uno -como hace treinta y cinco años-. Y las soluciones tienen que ser buscadas por los protagonistas de hoy, no por quienes lo vivimos entonces. Le toca a una nueva generación hacer su “revolución cofrade”, y a nosotros alentarla.

Ofrezco este material con la humildad de una propuesta personal, aunque comentada con muchos, y también con el gozo de haberla experimentado y comprobar que para algunas personas y grupos ha sido fecunda. Hoy está en vuestras manos. Utilizadla como creáis conveniente, o si lo preferís ignorarla y haced la vuestra propia. Pero no dejéis pasar el momento, porque “presente” significa el regalo que Dios nos ha dado y que ahora tenemos en las manos.

Javier Fresno

INDICACIONES PARA LAS SESIONES

1. Objetivo de este itinerario

El objetivo de este itinerario formativo es comunitario, es la renovación de la vida de cofradía, pero partiendo de un cambio personal de cada participante, un cambio de mirada y de actitud. Hay cosas en la visión y en la disposición de cada cofrade que deben ser renovadas, aunque esa renovación se haga siempre en diálogo con los otros, y se traduzca en conjunto en una renovación de la hermandad.

La importancia la tiene por tanto la mirada, la actitud, no los contenidos intelectuales del temario, aunque los haya. El centro de gravedad no está en esos contenidos sino en la posición que toma cada uno ante ellos. No se trata de *aprender* sino de *reflexionar* para poder *motivarse* y *cambiar*. Reflexionar manifestando la propia opinión y también escuchando la de los otros; reflexionar durante el tiempo de debate y después seguir pensando sobre ello, en casa o en conversaciones con otros cofrades. El contenido del tema está para provocar y dar pistas para esa reflexión. Es importa que cada participante se manifieste, que tome una actitud protagonista, no pasiva; importa menos que lo que todo lo que diga sea lo más correcto o adecuado.

2. Destinatarios

Los destinatarios de este itinerario son los miembros de la hermandad en general, de cualquier edad y circunstancia. Tienen cabida los muy implicados en la vida de fe y en la actividad de la hermandad y los que lo están menos. Y todos ellos pueden estar mezclados.

Si son muchos los participantes será preciso subdividirlos en grupos de no más de 10-12, donde todos se puedan comunicar de modo efectivo. El grado de confianza y apertura debe ir creciendo a lo largo de las sesiones, por lo que es bueno que los integrantes del grupo sean siempre los mismos, aunque roten en sus posiciones en la mesa para que no se establezcan siempre los mismos corrillos.

El desarrollo de las sesiones será más fluido si, en caso de haber más de un grupo, procuramos separarlos por edades. La forma de posicionarse ante los temas y de comunicarse cambia en las diferentes generaciones.

3. Estilo de la comunicación

La presencia y las opiniones de los otros me sirven si me ayudan a reformular mi posición personal, pero son un estorbo si las percibo como una imposición o una agresión. Por tanto se hace preciso que los demás reciban mis opiniones con respeto, pueden discutir conmigo pero ninguno puede querer imponerme su razón. La conversación debe ser:

- Libre: cada uno puede decir lo que quiera, dentro de los límites de la educación y del respeto a los otros.
- Respetuosa, correcta. Eso no impide que alguien pueda pensar algo diferente a la doctrina de la Iglesia, incluso pueda “soltar una barbaridad”, siempre que lo haga con respeto, no con deseo de provocar. No debemos mostrar extrañeza ante la comunicación de la opinión o los sentimientos de nadie. No se debe tratar a los participantes como niños o como ignorantes, sino siempre escuchándoles con atención.
- Distendida: labor del moderador es relajar ánimos o cambiar de tema cuando sea preciso.

- Limitada en el tiempo: con un máximo de 30-40 minutos. Es importante no dejar que la reunión se extienda indefinidamente, sino siempre limitarla a lo razonable. Es preferible quedar todos con hambre de hablar más que con hartazgo y dolor de cabeza.

4. Los moderadores

Un elemento muy importante de la reunión es el moderador, que se encarga de animar y mantener el debate, dar la palabra a quienes apenas intervienen, cortar las discusiones o las intervenciones que monopolizan el tiempo, sacar temas que no surgen espontáneamente en el debate, lanzar preguntas o cuestiones cuando surgen silencios. También es competencia suya hacer las breves indicaciones organizativas que se consideren necesarias.

El moderador tiene claro que él también está reflexionando y aprendiendo, que es una persona en proceso, en camino. No es quien tiene las respuestas, no es al que se le hacen las preguntas. Puede dar su punto de vista pero es el suyo personal, nada más, no es la respuesta definitiva ni la voz de la cofradía. Un moderador que acapara la reunión, o que no deja a los participantes expresarse libremente, esteriliza el grupo.

Si se ve en la circunstancia de tener que aclarar algo, lo hará siempre en términos de “a mí me parece que”, “yo eso lo interpreto así”. Cuando alguien busque ratificación de su postura, cuando pregunte directamente al moderador si lo que piensa es correcto o equivocado, la estrategia de éste será redirigir la pregunta al grupo: “¿Qué pensáis los demás al respecto?”.

Algunas preguntas que puede utilizar para animar el debate:

- ¿Qué responderías al tema de hoy?
- ¿Qué sientes sobre lo dicho en el tema de hoy?
- ¿Qué piensas sobre el tema de hoy?
- ¿Te ha sorprendido o interpelado algo de lo que se ha dicho hoy?
- ¿Qué te ha llamado la atención del tema de hoy?
- ¿Resulta nuevo para alguno el tema del que se ha hablado hoy?

5. Desarrollo de la sesión

Al principio de la sesión es bueno dedicar un tiempo a crear un ambiente de comunicación efectiva: conocerse -si no se conocen de antes-, establecer un grado de conversación adecuado... Para ello puede ser oportuno iniciar la sesión con un café y unas pastas, aunque un grupo ya experimentado probablemente no necesite esto. En todo caso, este compartir previo no puede extenderse demasiado, máximo unos 15 minutos.

Posteriormente se pasa a exponer el tema. La presentación puede hacerla alguien, una persona o mejor dos, que van leyendo el texto. Pero esas personas no deberían participar después en el debate. También puede ser el propio moderador, pero dejando claro que actúa como mero lector, no es el representante de lo que dice el texto. Otra solución es tener una copia para cada participante, y leer por párrafos entre todos. De ese modo queda patente que el texto es simplemente un punto de partida para la reflexión del grupo, no es la posición oficial ni la de un interviniente en concreto.

Se continúa con el debate, en los términos dichos, que es el momento fuerte de la sesión.

Al final se concluye cuando llega el tiempo marcado, cortando las discusiones por donde se lleguen. Puede acabarse con un breve momento de oración del grupo, dirigida por el moderador, o participada por quien quiera.

Los temas siguen un esquema determinado, pero no suponen un camino de aprendizaje acumulativo, y por tanto no es necesario haber asentado o armonizado los puntos de vista sobre un tema antes de pasar a otro. No se trata de consolidar conocimientos o actitudes sino de hacer pensar y remover para el cambio. Hay que ir dejando que ese cambio vaya tomando cuerpo en nuestro pensamiento, en nuestra vida, y en la vida de la comunidad.

TEMA 1

Postpandemia

1. La Semana Santa de este año

Pasó la Semana Santa de 2023. Hacemos un breve repaso por la prensa y salta a la vista el juicio positivo, diríamos casi extremadamente positivo, que ha merecido esta edición. Seleccionamos algunas noticias, sin fijarnos en de qué localidades se trata.

«A diferencia de lo que aconteció el pasado año, la Semana de Pasión que se acaba de vivir se ha desarrollado con total plenitud. El tiempo ha acompañado esta vez y ha permitido que todos hayamos podido disfrutar del paso de las cofradías en la calle todos los días».

«Todas las cofradías en la calle, un impacto económico importante y la participación de miles de personas han hecho de esta edición algo que costará olvidar».

«'El año pasado fue cuando más personas vinieron esta ciudad en toda la historia de la Semana Santa', declara el presidente de la Junta local. Para este año se esperaban superar las cifras, lo que se traduciría en un impacto económico en la ciudad superior a los 100 millones de euros. Por su parte, el CIS percibe que 2 de cada 3 españoles participan o asisten a procesiones en ciudades como la nuestra».

Algunos titulares de prensa son altamente expresivos: «Una Semana Santa para enmarcar». «Una Semana Santa más única que nunca». «La Junta de Cofradías califica la Semana Santa de 2023 como 'casi de matrícula de honor'».

«El presidente de la Junta de Cofradías ha destacado la altísima participación de nazarenos (especialmente de niños y jóvenes) y la afluencia de público. Habla de 'el cambio de tendencia en el turista que ha venido este año a la ciudad, que ha sido más familiar y próximo a las tradiciones religiosas y de Semana Santa [...] un turista de más valor y más cercano a los valores que ofrecen nuestra ciudad y su Semana Santa'».

Para acabar, la prensa de determinada ciudad realiza un balance de lo mejor y lo peor de esta Semana Santa de 2023. Entre lo mejor, además de los exornos florales, las saetas y el trabajo de nazarenos, acólitos, aguadores o costaleros, se destaca el despliegue mediático (prensa escrita, radio, televisión) y el papel del arzobispo. Entre lo peor, algunos detalles de organización (obsesión por los horarios, pegas a los medios de comunicación, precios abusivos...), la falta de respeto del público a los cortejos (empujones, malas caras, vestimenta poco adecuada para asistir a una procesión), falta de paciencia y generosidad y obsesión por los teléfonos móviles: «ser profesional de la fotografía es un reto, rara es la estampa donde no aparece un smartphone inmortalizando un misterio o un palio. Eso por no hablar de los palos selfie, que en ocasiones representan un peligro para capataces y contraguías. La última moda es pedir a los nazarenos con un mensaje en la pantalla». Volveremos sobre ello.

2. Preguntándonos por el mañana

Efectivamente, la de 2023 ha sido la primera Semana Santa de “normalidad normal” tras la pandemia. Lo primero que comprobamos, con sorpresa y alegría, es que seguimos vivos. Parece una obviedad, pero es importante constatarlo. Tanto miedo pasamos, tanto vimos afectadas nuestras vidas, tanto se habían cuestionado nuestras esperanzas, que el regresar a un estilo de celebraciones como el de antes no nos deja indiferentes. Más aún, el comprobar que la vida de las hermandades, el fervor del público, la repercusión social y mediática de nuestros actos, no sólo no han desaparecido sino incluso se han incrementado, posiblemente como reacción a todo lo vivido. Y ya van dos años seguidos de mejoría.

Ahora es fácil caer en el extremo opuesto, en un optimismo desbordado. Un reciente congreso nacional de cofradías podía ofrecernos algunas pistas de todo ello, cuando se hacían valoraciones del estado actual de la vida de las cofradías, de las procesiones, de las creaciones artísticas, las obras de caridad e incluso la labor apostólica. ¿Podemos caer en un cierto triunfalismo?

También es cierto, y lo vimos en el mismo congreso, que se mantienen algunas dudas, un cierto grado de inseguridad ante el futuro. Una pregunta que aparecía de forma recurrente era: “¿Qué será del mañana?”.

Un par de anécdotas personales, me ayudan a situar esa pregunta. Seguro que todos tenemos vivencias similares.

Estoy en un certamen cofrade nacional. Recojo un cartel de una Semana Santa cualquiera en que se ve la imagen de una Piedad: María con el Hijo muerto en los brazos. Están delante dos chicas de unos 15 o 16 años, cofrades, que miran el cartel y le dice una a la otra: «Ah, pero son madre e hijo, yo creía que eran marido y mujer». Me vuelvo, sin poderme creer lo que he oído, y un amigo que estaba a mi lado ve la expresión de mi rostro y me dice, sonriendo: «Sí, has oído bien». Si no saben ni quiénes son María y Jesús, qué parentesco tienen, ¿qué significarán para ellas? ¿Cómo vivirán la Semana Santa?

Otra anécdota, relatada por un antropólogo de esos que hacen “trabajo de campo”, que se acercan a las manifestaciones de piedad popular e intentan comprenderlas. «Fui hace treinta años a tal pueblo, los cofrades iban prácticamente solos, de uno en uno, haciendo su penitencia en silencio, se notaba que lo vivían con interioridad. He vuelto hace poco. Delante de cada penitente había quince teléfonos móviles grabándole. Me pregunto si los cofrades lo vivirán del mismo modo que antaño. Sospecho que no».

Dos riesgos reales de nuestra Semana Santa. De un lado, el riesgo de “gentrificación”, si se me permite usar el término: el éxito turístico y promocional de nuestras manifestaciones puede ser tan invasivo que nos dificulte una vivencia interior. De otro lado, la resignificación o designificación: la procesión puede perder de su sentido original y adquirir otro, o ninguno.

Estos mismos fenómenos se han dado en otras manifestaciones, por ejemplo en el Camino de Santiago, a donde acuden cientos de miles de personas cada año, muchas sin la mínima idea del sentido que hizo surgir y desarrollarse la peregrinación.

Junto con estos riesgos generales, otros que podemos detectar cada uno, que incluso varían de una ciudad a otra. En algún lugar hablaban de falta de cargadores o de jóvenes en las cofradías, en otros es evidente que no. Falta de respeto del público hacia los penitentes -hemos leído- y hacia lo que se conmemora. Pero también hay quien dice lo contrario: que la gente es más respetuosa. Falta de colaboración, de compromiso; un cofrade me decía: «Este año, el día de la procesión hubo llenazo, pero después a la hora de recoger quedamos cuatro y tardamos el triple que otros años». Seguro que cada uno podemos recordar vivencias y reflexiones propias, personales, que nos indican si, junto con la alegría por el éxito de las procesiones, puede haber también nubarrones en el horizonte.

Habr  alguien que nos diga que no seamos agoreros, que estos riesgos llevamos a os oy ndolos y no se han cumplido. Es posible.  C mo valoramos el momento en que estamos, y el futuro que se nos viene encima?

PREGUNTAS PARA EL DI LOGO

 Qu  nos ha llamado la atenci n del tema?

 Qu  aspectos positivos y negativos hemos visto en la  ltima Semana Santa?  Somos capaces de hacer un listado de "lo mejor y lo peor" del 2023?

 C mo interpretamos estos hechos?  A qu  creemos que se pueden deber?

 Qu  riesgos vemos en el horizonte?  Somos capaces de "ponerles nombre"?

 Con qu  actitud miramos el ma ana?  Optimismo?  Esperanza?  Preocupaci n?  Intranquilidad?

TEMA 2

Un tiempo nuevo

En el tema anterior hemos visto “lo mejor y lo peor” de la Semana Santa de 2023. Ciertamente ha habido cosas buenas, muy buenas, y algunas que nos han gustado menos. Incluso puede existir una cierta preocupación por el mañana, porque determinadas señales nos dicen que será diferente del hoy. Al fin y al cabo lo normal es eso, que la vida cambie; es lo que ha ocurrido siempre.

Lo que puede ser nuevo y desconcertante es un cambio global tan amplio y profundo como no se ha conocido en mucho tiempo, en siglos; una sociedad con unos valores y un contexto cultural y religioso realmente distintos. ¿Se está dando algo de esto?

Ante un panorama semejante no se trata de ser optimista o pesimista; el optimismo puede llevarnos a actuar con inconsciencia, y el pesimismo puede paralizarnos. Peor sería hacer como si no pasara nada, como si la sociedad siguiera siendo la misma y todo el mundo tuviera tan claro como siempre qué son y qué hacen las cofradías. Por otra parte, si el mundo ha cambiado, probablemente también lo hayamos hecho nosotros, que somos hijos de nuestro tiempo, aunque no nos demos cuenta de ello.

1. Una sociedad diferente

No hace mucho oía a un conferenciante, conocido teólogo español, hablar de lo que él llamaba “crisis antropológica” de nuestro tiempo, un cambio radical en la concepción del hombre, que nos dificulta entendernos a nosotros mismos, como cristianos y como personas, y ser entendidos por los demás¹. Mencionaba él cuatro dimensiones de esta crisis:

- **La transformación digital y tecnológica.** No es sólo que la tecnología sea clave en este momento económico y cultural, sino que nos condiciona a la hora de vivir nuestra identidad y de relacionarnos con los demás. Vemos el auge de las relaciones virtuales (relaciones de Smartphone) frente a las relaciones físicas o “reales”; el problema de la inteligencia artificial, que algunos países y expertos están considerando ya una amenaza; el transhumanismo o posthumanismo, que es la mejora de las capacidades físicas y psíquicas del ser humano mediante el uso de la tecnología: desde los hombres biónicos hasta la obtención de la inmortalidad mediante el tratamiento con “células madre”. Y todo ello con los problemas económicos, políticos y éticos que supone. ¿Utopía, distopía o posibilidad real? ¡Qué contraste entre vivir un mundo cada vez más virtual, y celebrar que Dios se hizo “carne”!

¹ Me refiero a unas conferencias sobre la humanidad del sacerdote impartidas por el profesor Ángel Cordovilla Pérez en diversas diócesis españolas. Se refería a la identidad de los presbíteros, pero es válido para la de cualquier creyente, para la identidad de la Iglesia hoy.

- **La transformación sexual**, que comenzó separando sexualidad y reproducción, y ha llegado a una liberalización tan amplia en la identidad sexual (ellos, ellas y *elles*) que a muchos les cuesta entenderla. Todo el desafío de las leyes trans y la ideología de género. ¿Ya no podremos leer ese texto del libro del Génesis que dice que “hombre y mujer los creó”?
- **La agudización del individualismo**, que hunde sus raíces en la Ilustración y mucho más allá, pero hoy es más patente que nunca: «para mí la verdad es tal cosa»; «no debo dejar que nadie decida por mí»; «tengo derecho a vivir tales experiencias, a conseguir tal, a disfrutar tal...»; «estoy contigo mientras me sirvas para realizarme, pero te dejo si coartas mi libertad». El “yo” y sus exigencias se ha convertido en criterio absoluto de verdad, de realización personal, de relación. El “yo”, que vive sometido a lo que llaman la “seducción continua” del mercado. Cuando no conseguimos lo que queremos, lo que la publicidad nos hace desear, la culpa tiene que ser de otro: el victimismo se convierte en el recurso fundamental. Y sin embargo, queremos ser seguidores de Cristo, quien nos enseña que la realización verdadera es la entrega al “tu” («amaos como yo os he amado»).
- **La existencia fragmentada**, que definimos como «dificultad para integrar en una vivencia coherente de identidad, la amplia gama de influencias y referentes de sí, que el individuo alcanza mediante las nuevas tecnologías²». Es decir, la dificultad para integrarse como persona ante los incesantes reclamos del mercado, las constantes seducciones que nos hace el mundo actual. El “yo” no se construye como un proyecto único sino multifacético, saturado, colonizado. Y eso, al decir de los expertos, conlleva un incremento en el número de trastornos de personalidad, en el número de psicosis.

Además de estas transformaciones sociales que decía el autor, se me ocurre agregar otras:

- **La quiebra de la misma idea de transmisión cultural**. Durante siglos la cultura ha servido para transmitir valores, y por tanto ha proporcionado la referencia de lo que somos, lo que debemos hacer y lo que podemos esperar. Pero el esfuerzo de la modernidad ha sido librarnos del peso de la tradición (“empoderarnos”) y ahora que lo hemos logrado, que nadie puede decirnos lo que debemos ser, ni siquiera si somos hombres o mujeres, ahora corremos el riesgo opuesto: sin tradición podemos estar atrapados en un individualismo vacío, angustioso, sin saber qué somos ni a dónde queremos ir.
- **El miedo al futuro y la falta de esperanza**, especialmente en las nuevas generaciones: son las primeras que saben que en muchos aspectos (económicos, energéticos, ecológicos) van a vivir peor que sus padres. ¿Tiene eso que ver con el crecimiento de la ansiedad y la depresión, incluso del suicidio entre los más jóvenes?
- El Papa Francisco, en la Encíclica *Gaudete et Exsultate* (núm. 111) nos habla de la «ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual».
- Por su parte la CEE habla de una «sociedad desvinculada [desvinculada de Dios, del otro, de la naturaleza, de la verdad], desordenada e insegura, en que crecen la desconfianza y al enfrentamiento. Con el empobrecimiento espiritual va aparejada la pérdida de sentido, que desemboca en el vacío existencial y en el aburrimiento, el no ser capaces de saciar la sed de felicidad a pesar de disponer de más medios y posibilidades que nunca»³.

² Cortés Martínez, C. y Aza Blanc, G. “El Yo fragmentado: Trastornos de personalidad en la posmodernidad” (Trabajo fin de grado en Psicología). Miscelanea Comillense vol 73, (2015).

³ Conferencia Episcopal Española. CXVII Asamblea Plenaria. “*Fieles al envío misionero. Aproximación al contexto actual y marco eclesial; orientaciones pastorales y líneas de acción para la Conferencia Episcopal Española (2021-2025)*”. Editorial EDICE · Madrid 2021.

Muchos calificativos, quizá demasiados -como vemos todos bastante pesimistas-, para diagnosticar la situación actual. Podemos estar de acuerdo con estos análisis o no, pero hay unanimidad en presentar la sociedad del presente y del futuro, sus rasgos, sus valores, como una preocupación y un problema.

2. Una sociedad postcristiana

A este panorama antropológico tan poco alentador deberíamos sumar, como creyentes, miembros conscientes de la Iglesia, otro aspecto significativo: la ruptura del modelo de cristiandad. En términos generales, muchos hablan de sociedad "postcristiana", entendiendo como tal el retroceso social del cristianismo, especialmente en el mundo occidental.

Aunque la sociedad mantiene muchas raíces cristianas, porque dos mil años de influencia no se borran de un plumazo, se han perdido buena parte de la "sintaxis" y del relato cristiano. No hay apenas base para entender lo que anuncia y celebra la Iglesia, ni el modo de vida que propone. Buena parte de los bautizados apenas conservan más que algunos tópicos: es el caso que comentábamos de aquellas dos chicas cofrades que no sabían si Jesús y María eran marido y mujer o qué eran.

Y la adhesión de la población a la fe es cada día menor. Algo que, en palabras del papa Benedicto, supone la mayor crisis vivida por la Iglesia desde la caída del Imperio romano, es decir, desde hace 1500 años. «El mundo occidental vive como si Dios no existiera», afirmó varias veces (*Sacramentum Charitatis* núm. 77), lo cual es algo que no sucedía en el mundo antiguo: creían en otros dioses pero creían. Estamos ante la primera sociedad mayoritariamente no creyente.

José María Mardones, conocido pensador cristiano, decía ya hace años: «No sabemos exactamente dónde estamos; somos conscientes de que hemos dejado de habitar en una sociedad (cristiana), segura, tranquila, donde moraron nuestros abuelos y desconocemos el lugar donde nos encontramos y hacia donde nos dirigimos»⁴. Es evidente que la influencia de lo religioso disminuye, y casi podíamos decir que disminuye cada día, pero también lo es que sigue habiendo muchas personas que se definen como católicos, aunque el número de los practicantes habituales sea notablemente inferior. Y al mismo tiempo surgen otras formas de espiritualidad al margen de lo institucional, al margen de las grandes religiones, y las adhesiones de los fieles son más fluidas entre unas formas y otras.

Se han descrito muchos fenómenos de esta sociedad postcristiana, pero lo más llamativo me parece la pérdida de la centralidad de la fe en la vida personal, familiar y social, y de lo que está asociado con ella (ritualidad pública, visión del hombre, valores sociales, compromiso moral). La religión, en palabras de Mardones, «ocupaba el centro de las relaciones sociales» y ahora ha sido desplazada a un ámbito privado. Una socióloga de la religión contemporánea decía que la religión pierde «la función social de ser el hilo de la memoria» colectiva.

El conjunto de esta situación supone una quiebra en el sistema de pastoral que, de forma más o menos continuada, viene aplicándose desde el Concilio IV de Letrán (1215). Por eso no es extraño que muchos agentes de pastoral lo vivan como un fracaso personal, fracaso de aquello por lo que han trabajado durante años y en lo que han invertido lo mejor de sus energías. Y, de un modo más general, que la actitud sea de no saber realmente qué hacer, aunque a veces lo disfracemos poniendo la confianza en métodos "milagrosos". Desde luego la respuesta no puede ser sólo fruto de un mero esfuerzo, ni tampoco simplemente cambiar de tácticas pastorales.

⁴ MARDONES, J.M. "Rasgos fundamentales de la sociedad postcristiana en relación con la evangelización". En Revista Catalana de Teología XXVIII (1993) 337.748.

3. ¿Aspectos positivos?

No podríamos enfrentarnos con este momento histórico si no fuera, ante todo, desde la certeza de que este es el mundo «al que Dios ama tanto que le entregó a su propio Hijo» (Jn 3, 16). Que él ama a cada hombre y -por caminos muchas veces desconocidos- le ofrece personalmente la salvación. Y del mismo modo ama, acompaña y conduce a su Iglesia, sacramento universal de salvación, para que siga realizando su misión en cada tiempo. Si no estuviéramos seguros de que el Resucitado va delante de nosotros, con nosotros, seríamos los hombres más dignos de lástima (cfr. 1 Cor 15, 19).

Siguiendo con este razonamiento, ¿es que no somos capaces de ver ningún valor positivo a esta sociedad? Por ejemplo:

- La mayor autenticidad en la fe de los creyentes, que ya no se mueven por presión familiar o social sino con entera libertad.
- La desaparición progresiva de cuanto aún puede quedar de imposición o dirigismo.
- La creciente purificación de la vida eclesial, después de tantos abusos y escándalos que se han destapado.
- Un número aún muy alto de adhesiones a la fe cristiana, un “suelo” sociológico muy potente, que ya quisieran otras estructuras sociales.
- Un ejemplo de esto (es sólo un dato, desde luego no el principal): que cada año sube el número de los que ceden parte de la declaración de la renta a la Iglesia.
- Eso quiere decir que hay muchos que confían en las estructuras eclesiales, no ya por tradición ciega, sino siendo muy conscientes de todos los problemas e infidelidades que existen dentro de la Iglesia, pero valorando su identidad y su misión.
- La cantidad de gente que sigue acudiendo a la Iglesia en situaciones de penuria material o espiritual, otorgándole su confianza.
- Un deseo de participación activa de los laicos dentro de las estructuras eclesiales, como se ha visto en la consulta sinodal.
- Una preocupación de los laicos por la formación, que también se vio en esa consulta, para dar respuesta a las necesidades de la fe y a las preguntas del mundo.
- Sabemos que en las raíces de la crítica moderna a la religión está la propia enseñanza eclesial sobre el valor de la conciencia y la autonomía del individuo.
- Sabemos que se abre ante nosotros un periodo de “crisis”, esto es, de oportunidad (como decían los griegos), que exige nuestro esfuerzo y es un reto apasionante, y que ha de conducirnos a alumbrar una nueva sociedad y una nueva Iglesia.

Estos análisis, y otros que se nos pueden ocurrir, no justifican todo, pero sí que deberían servirnos a la hora de posicionarnos ante la situación actual.

4. ¿Qué tiene que ver todo esto con el mundo cofrade?

Esa es la cuestión. Si estamos de acuerdo, total o parcialmente, en el diagnóstico, queda por ver hasta qué punto todas estas tendencias influyen en la identidad y en el funcionamiento de una cofradía. Porque podemos tener la tentación de pensar que esto no nos afecta.

Por ejemplo: el individualismo puede hacer que participemos sólo en algunos aspectos de la vida cofrade, los que nos proporcionan más satisfacciones, pero que rechazamos lo que suponga compromiso, trabajo o molestia. La quiebra cultural y la descristianización pueden hacer desconocido e incomprensible buena parte del mensaje cristiano, y muchos elementos de la vida de las hermandades perder su explicación. ¿Por qué sacamos un paso a la calle si no sabemos quién era en realidad Jesús de Nazaret? ¿Sólo por estética o emoción?

Hemos hablado de resignificación y designificación de la Semana Santa. Desde mi “yo”, como criterio soberano, puedo dar a las procesiones el sentido que quiera, puesto que no hay una verdad absoluta, un criterio definitivo. Puedo vivir la Semana Santa con simpatía, incluso con fervor, y rechazar de plano cualquier consecuencia moral en el terreno personal, familiar o social. Incluso dejar bien claro que soy cofrade y ateo. Y así seguiríamos sacando consecuencias que la mentalidad de este mundo postmoderno tiene en la vida de las hermandades.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

De todas las circunstancias de ese “desafío antropológico”, ¿cuáles vemos más reales? ¿Cuáles nos preocupan más?

¿Qué signos vemos de que esta es ya una sociedad *postcristiana*? ¿Qué nos hacen pensar esos signos?

¿Somos capaces de ver aspectos positivos en este cambio social?

Todo esto, ¿qué actitud despierta en nosotros y en los que nos rodean? ¿Reacción, miedo, parálisis? ¿Qué nos debería producir?

¿Cómo afectan todos estos fenómenos a la vida de las cofradías y de los cofrades?

TEMA 3

Mantener la identidad

1. El riesgo de perder la identidad

No hace mucho escuchaba, en un congreso internacional *online*, a un responsable semanasantero de determinada zona de Italia. Comenzó haciendo una declaración de laicidad «nosotros no somos cofrades, somos laicos», que yo solo acierto a entender como “somos una organización no confesional”, es decir, “sin identidad cristiana”. Prosiguió lamentando la pobreza de su región, la falta de industrialización y dinamismo económico, y declarando que el turismo atraído por la Semana Santa aportaba a su localidad 7 u 8 millones de euros al año. Había que convertir las procesiones -decía él- en un “festival internacional” que aportara economía y trabajo a aquella tierra. Debo decir que fue inmediatamente contestado por los miembros de la mesa, sobre todo por los italianos, pero la idea estaba lanzada, la idea puede estar en muchos cofrades.

Se están incrementando los congresos y publicaciones cofradieros que tienen que ver con el turismo, con la “puesta en valor” de las tradiciones religiosas, lo que significa rentabilizarlas social y económicamente. Y al mismo tiempo se comienza a hablar de un término nuevo, que dará mucho juego: la “sostenibilidad” de ese patrimonio inmaterial, tanto en el aspecto de evitar la masificación como en mantener su autenticidad religiosa y cultural, externa e interna; también la autenticidad con que lo vive cada cofrade.

¿Potenciar los valores culturales y turísticos de nuestra Semana Santa, o mantener la pureza y la identidad? Puede parecer un debate-trampa, pero en el tema anterior hemos visto que hay muchas circunstancias en nuestro entorno cultural que nos influyen, que pueden hacernos desviar de nuestra identidad. También ocurre lo mismo con el conjunto de la Iglesia: mantener la identidad, incluso contra corriente, se puede convertir en la principal prioridad.

2. “La opción benedictina”

Para muchos, el libro religioso más influyente de la última década es “*La opción benedictina. Una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*”, de Rod Dreher⁵. Desde luego, uno de los más discutidos también; no es una obra que deje indiferente, ha levantado pasiones a favor y en contra. La obra pretende hacernos ver las amenazas reales para la vivencia y la transmisión de la fe en el mundo contemporáneo, eso que comentamos en el tema anterior. Un momento histórico que el autor (coincide con Benedicto XVI) compara con la caída del imperio romano. Entonces san Benito de Nursia protagonizó una respuesta creativa, poniendo en marcha una forma de vida comunitaria que ofreciera refugio espiritual, y también el mantenimiento de la identidad y la cultura, frente a la ofensiva de los bárbaros. Hoy, dice Dreher, necesitamos emplear la misma creatividad para ofrecer un refugio comunitario a quienes deseen mantener su identidad de creyentes y su vida de fe, frente a las agresiones de esta sociedad.

⁵ Madrid, Ed. Encuentro, 2018. Edición en inglés, *The Benedict Option. A Strategy for Christians in a Post-Christian Nation*, 2017.

Se puede criticar la obra de Dreher por muchos motivos. Por ejemplo, las simplificaciones históricas, lo extremo de su posición política y social, algunas de sus propuestas drásticas, como vivir juntos en determinados barrios o sacar a los niños de la enseñanza pública y darles clase en casa. Su libro sugiere de algún modo segregarse de esta sociedad, aunque él rechaza la idea de crear un “búnker” (otros le han acusado de eso) y prefiere la imagen de un “arca” que flote en medio del diluvio. Y habrá más motivos para ser críticos, pero quiero ahora retener algunas ideas que aporta que sí son interesantes y útiles.

En primer lugar, recojo de Dreher la llamada a la creatividad, como la que desarrolló San Benito con su Regla, una llamada que también estaba en el Papa Benedicto⁶. No podemos quedarnos de brazos cruzados, ni simplemente copiar modelos ya probados por otros; es preciso innovar si se quiere sobrevivir.

La segunda de las propuestas valiosas me parece la de ofrecer “oasis”: en medio de la desolación de un mundo que parece haber vuelto las espaldas a Dios, como ya decía el papa Benedicto⁷, los creyentes responsables necesitan espacios de refresco y de tranquilidad donde sentirse seguros y encontrarse en diálogo fecundo con otros hermanos, incluso con no creyentes buscadores de verdad, aun cuando esos oasis solo signifiquen una pausa en el camino.

En esta propuesta veo también una coincidencia con la imagen de “Iglesia-hospital de campaña” que popularizó el Papa Francisco: «¡Cuánta pobreza y soledad lamentablemente vemos en el mundo de hoy! ¡Cuántas personas viven en gran sufrimiento y piden a la Iglesia ser signo de la cercanía, de la bondad, de la solidaridad y de la misericordia del Señor! Esta es una tarea que de manera particular compete a cuantos tienen la responsabilidad de la pastoral»⁸. La creación de un oasis está necesariamente unida con la tarea de ser testigos de la misericordia.

En tercer lugar, coincido con Dreher en que esta supervivencia supone un elemento cultural, que es muy importante la preservación de algún tipo de cultura cristiana. Una cultura de la que hay numerosos vestigios en la sociedad, y que tenemos el encargo de cuidar y mantener. Independientemente de lo que éste y otros autores entiendan como “cultura cristiana” (para algunos es simplemente la tradición greco-latina). Nosotros los cofrades, parte activa de la religiosidad popular, del evangelio hecho cultura, lo entendemos perfectamente.

Esta necesidad de preservación de una cultura cristiana nos recuerda, por otra parte, que la misión fundamental de la Iglesia es llevar el Evangelio a los hombres. No se trata de “replegarse a los cuarteles de invierno” en una actitud defensiva, y quedarse ahí. La opción benedictina debe ser compatible con otra “opción paulina” que sepa hacer presente y relevante el Evangelio en el mundo, en la sociedad, como han señalado a Dreher sus críticos.

Finalmente, me parece que *La opción benedictina*, una obra elaborada durante años en multitud de conferencias y presentaciones, aporta un esquema de ideas bien trabado que nos ayuda a no perdernos entre multitud de propuestas, sin renunciar a ser libres de diseñar nuestras propias soluciones. Por eso puede servirnos, en buena medida, de brújula para orientar nuestra búsqueda.

⁶ «Yo diría que normalmente son las minorías creativas las que determinan el futuro y, en este sentido, la Iglesia católica debe comprenderse como minoría creativa que tiene una herencia de valores que no son algo del pasado, sino una realidad muy viva y actual»: BENEDICTO XVI, *Encuentro con los periodistas durante el vuelo hacia la República Checa, 26 de septiembre de 2009*.

⁷ «En nuestro tiempo, cuando en vastas regiones de la tierra la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer presente a Dios en este mundo y facilitar a los hombres el acceso a Dios»: BENEDICTO XVI, *Discurso en la Bendición de las Antorchas en la explanada del Santuario de Fátima, 12 de mayo de 2010*.

⁸ *Discurso a los participantes en un encuentro organizado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización*. 19 de septiembre de 2014.

3. “Reconstruye mi iglesia”

En un momento crítico de la historia de la Iglesia, Francisco de Asís recibe una llamada «Reconstruye mi Iglesia». Él es un joven inteligente, inquieto y soñador. Ha tenido alguna experiencia impactante, como el encuentro con el leproso. Pero aún no tiene claro un proyecto de vida, no sabe qué debe hacer. Un día, en la vieja iglesia de san Damián, rezando delante del Crucifijo, oye que el Señor le dice: «Francisco, repara mi iglesia; ¿no ves que se hunde?».

Lo primero que hace Francisco es ponerse él mismo a restaurar personalmente el viejo templo, pero bien pronto entiende que la llamada es a reedificar el cuerpo místico de Cristo, desde una opción de vida concreta, junto con otros hermanos, viviendo en pobreza y humildad.

«Repara mi iglesia» es la llamada que el Señor sigue haciendo, tal vez hoy con especial intensidad. Si estamos de acuerdo en el diagnóstico sobre la sociedad contemporánea, si vemos las dificultades y la “ruina” de muchas de nuestras realidades eclesiales, es que estamos recibiendo la llamada. «¿No ves que se hunde?» No se trata sólo de levantar una capilla, de encargar una obra de arte o de poner en pie unas iniciativas hermosas. Es cuestión de ser referente, de ofrecer referencias, como hizo Francisco, como hizo Benito.

En el mundo desorientado, agotador, estresante, que nos toca vivir, ¿podemos ser oasis? Como los santuarios, ¿podemos ofrecer espacios y tiempos de “descanso del alma”? ¿Podemos vivir agradecidamente el don de ser comunidades que dan acogida a los peregrinos, a los buscadores de sentido y de esperanza?

«Repara mi iglesia» también es una llamada a ofrecer unidad frente a la fragmentación de la persona. A pesar de nuestra pobreza personal y nuestro pecado, ¿podemos ser modelos de lo que es ser seguidor de Cristo? ¿Podemos encontrar sentido para nuestras vidas y ofrecer sentido a quienes los buscan en medio del sinsentido de la existencia cotidiana?

Tranquilos. Un reto grande se compone de pequeños retos parciales, que nos tocará concretar. Lo que aquí proponemos no es un curso donde se aprenden cosas interesantes, sino un camino de discernimiento colectivo para ver hacia dónde nos pide el Espíritu que caminemos.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

Ante la situación actual de la Iglesia y de la sociedad, ¿cómo nos sentimos (desorientados, preocupados, retados, desbordados)?

¿Nos asusta la llamada a ser creativos? ¿Por qué? ¿Cómo podemos llegar a serlo?

«¿No ves que se hunde?» ¿Vemos en nuestro mundo religioso y cofrade signos de que algo se está hundiendo? ¿Encontramos en ellos una llamada a actuar?

¿Nos parece prioritario mantener nuestra identidad como cristianos, y la identidad de las cofradías, o hay cosas más urgentes en la vida cofrade? ¿Cuáles? ¿Por qué?

Una de las propuestas más sugerentes de *La opción benedictina* es la de ofrecer “oasis” de descanso, de sentido, de esperanza. ¿Es eso posible? ¿Es necesario? ¿Por qué?

Tema 4

Ser y ofrecer comunidad

1. Una comunidad necesaria

La primera intuición de Dreher, el autor de *La opción benedictina*, es la necesidad de crear comunidades, al modo de la que diseña Benito de Nursia. En la historia de la Iglesia, a partir de los monjes eremitas bien pronto surgió el movimiento que llamamos *cenobítico* (de *coenobium*, “vida en común”), como un antídoto contra la soledad, como el ámbito para la enseñanza y el aprendizaje, para la oración en común y la celebración. “¡Oh, qué bueno, qué dulce, habitar los hermanos todos juntos!” (Salm 132).

¿Por qué es necesaria la comunidad? Podríamos decir que la primera necesidad es teológica. Dios es comunidad, Trinidad, y al crearnos y redimirnos, al revelarse a nosotros en su Hijo, nos está invitando a la comunión con él. Toda la Historia de la Salvación, desde el mismo momento de la creación, es llamada a la comunión (con Dios, con los demás hombres, con toda la creación). «Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (Dei Verbum 2). Por el contrario, el pecado es precisamente la separación, la ruptura de la comunión.

Dios no ofrece la salvación a personas sueltas, sino que lo hace constituyendo comunidad: «Quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente» (Lumen Gentium 9). Y esa necesidad de comunidad es clara en la enseñanza de Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). «Te pido Padre que estos sean uno, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado» (Jn 17, 21-23).

El origen de la predicación evangélica tiene lugar en la mañana de Pentecostés, cuando la acción del Espíritu Santo crea entendimiento y comunión entre extranjeros que no hablaban la misma lengua. Desde entonces la Iglesia se presenta como misterio de comunión, y así revela la salvación ofrecida por Dios. Es verdad que una comunidad imperfecta, llena de dolores, en continua y precaria construcción. Pero sólo en esa modesta y limitada comunión hallamos el camino de la comunión con Dios.

En ese mismo sentido la cofradía, aunque cada uno de los cofrades aisladamente puede considerarse insignificante y pecador, toda ella en conjunto si puede y debe transparentar una vocación a la comunión, una vocación a la santidad como la comunión con Dios. Los monasterios nacieron, en parte, de la dificultad de un monje para vivir él solo. También una comunidad –una cofradía– es un ámbito donde, ofreciéndonos ayuda mutuamente y encontrando entre todos otros apoyos, podemos crecer como personas y como creyentes.

2. Una comunidad para ser acogidos

Lluis Duch, monje benedictino, filósofo y antropólogo contemporáneo, daba suma importancia a la *acogida*, como necesidad básica del ser humano. A diferencia de otras especies animales, nace como un ser totalmente precario, indefenso. Por eso necesita ser acogido para existir, y esa va a ser una necesidad

permanente. La comunidad, dice Duch, es el lugar natural donde uno es reconocido y acogido. Superando la agresividad y el miedo se puede construir un espacio, un *nosotros*, donde la vida cobra sentido, donde se construye la identidad personal, donde se recuerda el pasado y se anticipa el futuro, donde se realizan las preguntas fundamentales de la existencia humana y la pregunta sobre Dios.

Dreher basa la necesidad de la acogida en las insuficiencias del mundo postmoderno, en el desarraigo de la vida propio de las grandes ciudades, donde se coexiste en el anonimato; ni se conoce a los vecinos ni se les quiere conocer. Vivimos un mundo de identidades y de relaciones *líquidas* -en expresión de Zygmunt Bauman-, un mundo cuyo héroe es el viajero, el turista, el "nómada digital". Por el contrario, la regla de san Benito establece la estabilidad -pertenecer a la misma comunidad para siempre- como un elemento definitorio de la vida común. Dreher piensa en la necesidad de redes de relación verdaderamente sólidas, una necesidad especialmente palpable cuando las cosas van mal. Duch diría que, como humanos, necesitamos a la comunidad para ser nosotros mismos, para saber quiénes somos.

La comunidad es el lugar donde nadie te pregunta a qué has venido. Como en una familia, tú perteneces a ella, y punto. Nunca eres un forastero, ni un extraño, eres "de los nuestros". Los hombres de hoy necesitan sentir que son "de los nuestros", que hay un lugar al que pertenecen. He conocido personas que, en determinado albergue del Camino de Santiago, en la hospedería de determinado monasterio, en tal santuario, se han sentido acogidos. Y aunque vivan a cientos o miles de kilómetros, necesitan volver periódicamente porque saben que allí tienen un hogar, allí son reconocidos por su nombre, allí saben quiénes son. Lo mismo pasa con tu familia o con tu cofradía: aunque sólo aparezcas de año en año, sabes que tienes tu lugar allí, que esa es tu casa.

Acoger es curar. La regla de San Benito mandaba que tanto el abad como los demás miembros de la comunidad debían lavar los pies a los huéspedes, como hizo el Señor en la última Cena, reconociendo en cada uno que llega la presencia de Cristo. «Porque fui peregrino y me acogisteis» (Mt 25, 35). Muchas de las cofradías de la Edad Media y Moderna tenían pequeños hospitales donde apenas se hacía más que dar alojamiento a enfermos y transeúntes, y prestarles unos cuidados mínimos, ya que los cofrades eran legos en medicina. Quizá hoy acoger a las personas que se acercan, hacerlo con sencillez y fraternidad, es la tarea curativa más importante que podemos hacer, ante las heridas del hombre contemporáneo.

Pero la acogida nada sería si se redujera a un encuentro puntual, si no somos capaces de acompañar de algún modo los procesos personales de quienes se acercan hasta nosotros. El acompañamiento, que no es sino la extensión de la acogida, es un arte que -nos dicen- no está reservado a unos pocos, directores espirituales o profesionales del "mentoring", sino que «perteneció al ADN de nuestro ser personas»⁹. Acompañar es simplemente saber estar cerca del otro, acertando a ser próximos, fraternos, pero respetuosos con sus procesos. Conscientes de que nuestra simple presencia ya es curativa y liberadora.

El Papa Francisco ha hecho girar parte de su magisterio sobre el acompañamiento: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos sacerdotes, religiosos y laicos en este *arte del acompañamiento*» (Evangelii Gaudium 169). Esta es una idea que ha enunciado en su primera Exhortación, y que ha ido desarrollando a lo largo de su magisterio. También es una interpelación para nosotros, que debiéramos aprender a acoger y acompañar.

3. La comunidad como don y como tarea

Habría que hablar más de la comunidad como don: como una experiencia y un misterio de gracia, un ámbito donde cada uno puede ser él mismo, puede sentirse amado, valorado. A diferencia de una familia, en que todos comparten una herencia común, la comunidad está hecha de personas diferentes, cada una con su historia; así ocurrió con los doce apóstoles que eligió Jesús. En nuestra cofradía hay personas de diversos

⁹ Ver: Orejas, C. *Ponencia sobre Acompañamiento en el Congreso de laicos*. (Madrid 2020). <https://laicos.conferenciaepiscopal.es/recursos/>

orígenes, de toda edad y condición, y pueden sentarse juntos y decirse hermanos. No somos nosotros quienes los escogemos, los hermanos son un regalo del Espíritu.

La comunidad es el lugar para crecer en autoestima y desarrollar las propias habilidades al servicio de los demás. Hemos conocido casos de personas aparentemente inútiles para la sociedad, incluso vagabundos, que siendo acogidos en determinado albergue de peregrinos se han convertido en utilísimos ayudantes, prestando todo tipo de colaboración. Algo parecido pasa en las hermandades.

El cofrade debe ser invitado a aportar su propio don, porque nada de lo que es una hermandad se hace solo. También puede ser una ocasión de descubrir algún don personal que ni siquiera sabíamos que teníamos. Hay dones que parecen insignificantes pero realmente son muy importantes. Un hermano de mi cofradía tiene el don de escuchar, de hacerlo con atención y con paciencia, con empatía; ese es también un don necesario. Está el don de liderazgo, el de trabajar callada y perseverantemente, y está el don de la disponibilidad: el de quien siempre se puede contar con él. Debemos descubrir el nuestro. Como decía san Pablo (1 Cor 12), todos son necesarios.

Entre todos los dones personales, hay un ministerio siempre necesario pero que aislado no vale nada: el ministerio de la autoridad. No sólo hace falta alguien que mande, que lidere, sino que tiene como misión principal coordinar y ayudar a cada uno a descubrir su propio don. Aprender a delegar, a confiar y generar confianza, saber consultar, saber mantener los ojos de todos en lo esencial, saber crear un clima de armonía, ser signo de paz y reconciliación: esas son las características de un buen líder.

Hay ocasiones y tareas que requieren de una especial creatividad y fortaleza, como puede ser la fase de creación de una hermandad. Pero más importante es saber vivir lo cotidiano con alegría y con espíritu de servicio. Incluso el humilde ciclo de limpiar, manchar y volver a limpiar. Uno de los mejores síntomas de que una comunidad funciona está en el cuidado de sus instalaciones. Algunas cofradías están siempre desordenadas, los restos de las flores y la cera esperan al año que viene, o se van acumulando. Se nota que los cofrades tienen prisa por irse, y no les ha dado tiempo a recogerlo todo. No les gusta estar allí. Cuando se está a gusto, las mil tareas que hay siempre se van realizando poco a poco.

La comunidad también necesita de una misión exterior, si no quiere disolverse en conflictos internos. Generalmente la tarea de realizar unos cultos o una procesión son vistosos, pero insuficientes. Sólo desde el compromiso profundo con otra realidad, con el mundo o el Reino de Dios, pueden trascenderse las limitaciones de la vida en común. Necesitamos sentir la urgencia de otras necesidades auténticas para poder relativizar nuestros intereses. El grito del pobre, sea el que sea (ancianos, enfermos, transeúntes, inmigrantes), nos quita de mirarnos al ombligo y nos obliga a enfrentarnos con la realidad, a servir, a crecer, a mejorar.

Dentro de esa misión externa está también el don y tarea de formar parte de algo más grande: saber vivir la catolicidad. Vivirla en cosas concretas, cercanas. Sentirse en comunión con el Papa es más sencillo y menos comprometido que hacerlo con el párroco o con una cofradía con la que compartimos sede. Sentirse implicados en hacer real la *sinodalidad* como don y tarea, saberse en camino común con otras muchas personas y realidades. Y eso implica la disponibilidad para contribuir con nuestra opinión e inteligencia y también la lealtad a las decisiones adoptadas y a los compromisos adquiridos.

4. Sanar la comunidad

La comunidad es lugar de vida, pero también de conflicto. Y quizá lo más llamativo de las hermandades, lo que más sale en la prensa, son los conflictos. Pero no es por eso por lo que debemos solucionarlos, sino porque son el principal mal de una cofradía. No el que surjan, que es normal, sino el que no hagamos nada por solucionarlos.

Las primitivas cofradías de penitencia impusieron la obligación de reconciliarse con los demás cofrades antes de salir en procesión. Debería servirnos de lección: nada más contrario a celebrar los misterios de la pasión de Cristo, o cualquier otro misterio de la fe, que hacerlo enfrentados. Por eso dirá el Señor: «Si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (Mt 5, 23.24).

Si el corazón de la comunidad es el perdón, el motor es la “fiesta”: saber disfrutar de la convivencia con los demás, aunque sólo sea unas horas al año; acordarse de los aniversarios y cumpleaños, en las alegrías y en los dolores familiares. Saber estar pendientes unos de otros y conectados, aunque sea por un boletín o por medios virtuales, cuando no es posible de otro modo. Saberse parte unos de otros.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

En nuestra opinión, ¿qué puede ofrecer una comunidad como la que constituye la cofradía a los hombres de hoy?

¿Cómo cofradía, somos acogedores? ¿En qué se nota? ¿Cómo podríamos serlo más? ¿Qué experiencia tenemos de la hermandad como comunidad que acoge y sana?

¿La cofradía ofrece posibilidades y estímulos a cada uno para que se sienta amado y valorado, para que crezca como persona y aporte su don?

¿Estamos cerrados en nuestro propio proyecto o estamos abiertos a las necesidades de este mundo? ¿Qué gritos concretos de qué pobres somos capaces de escuchar?

¿En qué medida estamos abiertos, de forma concreta, a las demás comunidades de la Iglesia (parroquial, diocesana, universal)? ¿Qué conocemos de la sinodalidad y en qué nos comprometemos?

¿Qué trascendencia tienen los conflictos en nuestra cofradía y qué hemos logrado hacer por superarlos, por reconciliarnos?

¿Estamos pendientes de compartir las alegrías y las penas de los cofrades? ¿Cómo lo hacemos?

TEMA 5

Comunidad centrada en Dios – I: El diálogo con Dios

1. Visitando Nursia

Dreher, el autor de *La opción benedictina*, va a visitar el monasterio de San Benito de la localidad italiana de Nursia, en el centro de Italia. Le recibe el abad, el padre Cassian Folsom, un americano de sesenta y un años que, con un puñado de monjes, reabrió el monasterio en diciembre del año 2000. El grupo lo ha ido reconstruyendo, tras casi 200 años desde que Napoleón ordenó el cierre de la antigua abadía.

El padre Cassian explica a Dreher lo que significa la Regla benedictina para la vida de los monjes y de la comunidad. «La vida monástica es muy sencilla –dice el abad-. Puede que fuera tengan una idea romántica, puede que sólo piensen en las imágenes de monjes que salen en televisión: monjes que dan vueltas al claustro como flotando. Tiene algo de eso, sí, y es atractivo, pero básicamente los monjes se levantan muy temprano, rezan, hacen sus labores y rezan un poco más. Comen, rezan, trabajan aún más, siguen rezando y se van a la cama. Es muy sencillo, como la mayoría de la gente. La genialidad de san Benito fue encontrar la presencia de Dios en la vida cotidiana».

Me parece un texto sugerente. No es que se nos proponga a todos este plan de vida, por supuesto, nosotros no somos monjes, no podemos vivir una vida tan reglada ni dedicar tantos espacios del día a la oración. Pero sí hay dos claves importantes para nosotros, para cualquier cristiano: tener una vida ordinaria, y saber encontrar a Dios en ella. Y esto no se hace sin esfuerzo, sin método. Si no reservamos un tiempo y una atención en nuestras ocupaciones para Dios, otras cosas ocuparán su lugar. Para los benedictinos, esa es la función de la Regla.

Lo que el abad no explica, pero todos sabemos, es que el monasterio -cualquier monasterio- se ha convertido en un referente de oración: hay personas que pedirán a los monjes que recen por sus intenciones y habrá otros que acudan a la abadía, entre otros motivos, deseando tener una experiencia de oración, deseando aprender a rezar. Más ampliamente, diríamos que acuden en búsqueda de Dios, aunque esa búsqueda pueda tener muchas formas y circunstancias personales. Lo mismo pasa en otros lugares de acogida. Me acuerdo de una peregrina a Santiago que en un albergue, en un momento de sinceridad, abrió su corazón y explicó que estaba haciendo el Camino para entender por qué su padre se había suicidado. Buscar explicaciones, buscar sentido, buscar caminos: se trata en realidad de la misma búsqueda.

¿Qué buscan los huéspedes en una abadía benedictina? La historia, la tradición, el arte, el canto: son cosas interesantes, están bien. Pero si no fueran lugares que tuvieran y ofrecieran experiencia de sentido, experiencia de Dios, no serían nada. ¿Por qué regresan los peregrinos a determinado lugar del Camino? Por supuesto que se sintieron acogidos, hicieron amigos, pero además de eso allí pudieron horadar el espesor de la vida cotidiana, e intuir una respuesta a los enigmas y cansancios de la existencia. ¿Qué dice determinado

santuario a las gentes, más allá del paisaje o del arte? ¿Por qué se congregan allí? ¿Por qué se casan allí, o encargan allí oraciones por sus difuntos?

¿Qué pueden buscar los viajeros y peregrinos de la vida en nuestras cofradías? Si no tenemos experiencia de Dios y no somos capaces de transmitirla de algún modo, pronto se desilusionarán. Si la cofradía no está realmente centrada en Dios (y no ayuda a los demás a centrarse en Dios), si está centrada en sí misma, en su autobombo, en su historia, en sus realizaciones.... podrá ser un bonito espectáculo, pero los que nos visiten acabarán descubriendo que es tan solo una carcasa vacía.

Hay una ecuación “de oro”: cuanto menos entendible, menos obvio es para el mundo contemporáneo el sentido de lo que hacemos, más tenemos que hacer por explicarlo. En otras épocas era suficiente hacer procesiones: todo el mundo sabía lo que significaban. Hoy probablemente es más importante hacer manifiesto el sentido que tienen, y la autenticidad con que las integramos en nuestra vida de fe, que la belleza con que las realicemos.

Buscar a Dios, encontrar a Dios en la vida corriente, ofrecer a Dios: ese debe ser también es nuestro “hilo conductor”, con un ritmo desde luego muy diferente al benedictino, pero igualmente necesario. Verdaderamente, si la hermandad no nos sirve a nosotros mismos, los cofrades, para centrarnos en Dios, ¿para qué nos sirve?

2. Elevar el espíritu a Dios

La comunidad benedictina, y todos los monjes de cualquier orden, “se pasan el día rezando”. O más bien diríamos que tienen marcado el ritmo de la jornada por una serie de momentos de oración, como dice el salmo 119: «Siete veces al día repito tu alabanza por tus justos mandamientos... A medianoche me levanto a darte gracias». El día y la noche del monje están marcados por este humilde e incesante ciclo de súplica y alabanza.

Nosotros no podemos seguir ese ritmo, pero la súplica y la alabanza no pueden estar lejos de ningún cristiano. La cofradía, como cualquier comunidad, tiene la tarea de mantener el corazón de sus miembros centrado en Dios, y eso significa también mantener el espíritu de oración, el de la comunidad y el de los cofrades, igual que orar por las intenciones de todos ellos y de todos los hombres.

¿Cómo se articula esto? Puede hacerse de modos muy diferentes, cada uno tiene que encontrar el suyo. No es igual una cofradía que posee una iglesia o capilla propia que otra cuyos miembros se reúnen en el templo de la parroquia o de un convento. Algunas hermandades podrán programar un tiempo de oración diario, y otras deberán hacerlo de forma semanal o tan sólo mensual. Quizá las redes sociales le sirvan a alguna para hacer llegar a todos la invitación a un momento diario de alabanza. Pero es importante que nunca lo consideremos un acto “para cuatro devotas” que vienen al templo antes de Misa, sino que tengamos esta función de orar, de levantar el alma a Dios, como el centro de la comunidad.

¿Cómo tiene que ser esa oración? También en esto cada uno debe encontrar su camino, aunque es lógico que la forma comunitaria más normal sea la oración verbal, sin excluir necesarios tiempos de adoración y oración personal ante el Señor. La oración personal es imprescindible, y deberíamos convertir la hermandad en una escuela, o más bien un discipulado de oración. Como los apóstoles cuando ven a Jesús pasar horas ante el Padre, le piden: «Enseñanos a orar» (Lc 11, 1). No se trata de instruir en métodos de oración sino en actitudes, en la actitud básica de saberse y vivirse en relación con Dios.

Aquí es donde florecen ministerios y dones que a los ojos de todos pueden parecer humildes, pero son importantes. El cofrade que abre a diario la capilla de la cofradía y enciende las luces, el que acolita en una exposición del Santísimo y la señora mayor que cada día dirige el rezo del Rosario, quizá son de los más valiosos, de los que más hacen por la santidad de todos.

Ya dijimos que la cofradía es mucho más que la suma de sus miembros. Seguro que hay hermanos que viven a cientos de kilómetros, cuya existencia está metida en mil problemas y tareas, y que no tienen tiempo ni quizá deseos de oír hablar de esto. Pero la hermandad sí puede, y debe, existir centrada en Dios, y enseñar que eso es lo importante. Ofrecer este camino a todos los que quieran y puedan escuchar. Quizá también el que vive a cientos de kilómetros lo perciba y lo agradezca.

3. La escucha de la Palabra de Dios

«A Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras», decía san Ambrosio. La oración sin escucha de la Palabra de Dios va poco más allá de una terapia psicológica. Hablamos a Dios, pero quizá no somos conscientes de que estamos dirigiéndonos al que desde siempre está hablándonos, que «habla a los hombres como amigos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (Dei Verbum 2).

Una relación con Dios que quiera ir más allá de mi propia subjetividad, de mis deseos, mis problemas o la forma en que yo veo las cosas, tiene que empezar por prestar atención a ese Dios que está hablando desde siempre, pero que lo ha hecho de modo especial en la Sagrada Escritura. «El hombre ha sido creado en la Palabra y vive en ella; no se entiende a sí mismo si no se abre a este diálogo. En este diálogo con Dios nos comprendemos a nosotros mismos y encontramos respuesta a las cuestiones más profundas que anidan en nuestro corazón» (Verbum Domini 22-23).

Hay formas muy diferentes de leer la Sagrada Escritura, también de hacerlo en la cofradía. Quizá pensemos que lo único que podemos hacer comunitariamente son grupos o clases para conocerla y entenderla mejor. En muchas encuestas se ve, y recientemente con motivo de la consulta sinodal claramente, que los laicos piden que se les enseñe a acercarse a la Biblia. Es bueno tener y ofrecer una mejor formación bíblica, pero lo esencial es hacer una lectura personal. No cabe duda de que la proclamación comunitaria, por ejemplo durante la Misa, es la mejor lectura, pero mucha gente no logra enterarse bien cuando se lee en esa forma, necesita tener el texto delante y dedicarle tiempo y atención.

Una forma clásica de lectura monástica, que combina lo personal y lo comunitario, es la *Lectio Divina*, con sus pasos habituales: qué dice el texto en sí mismo, qué me dice a mí, que le digo yo a Dios. Poder tener un ejercicio de *Lectio Divina*, con periodicidad semanal o mensual, no es algo alejado de las posibilidades de una cofradía.

«La respuesta propia del hombre al Dios que habla es la fe. Con la fe abrazamos de corazón la verdad que se nos ha revelado y nos entregamos totalmente a Cristo. La fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida» (Verbum Domini 25). La consecuencia natural de la lectura de la Palabra de Dios es una continua conversión de nuestro corazón y nuestra vida para ser cada día más seguidores de Cristo, en sus enseñanzas, en sus actitudes, en sus mandamientos.

4. La formación y la catequesis

A un nivel diferente de la escucha de la Palabra de Dios, pero complementario, tenemos que situar la preocupación por la formación y la catequesis de adultos. Dos acciones que la cofradía puede y debe facilitar a sus miembros, sola o asociándose a otras entidades: otras cofradías, grupos parroquiales o diocesanos, escuelas de laicos, centros teológicos...

Probablemente deberíamos reservar el término “catequesis de adultos” para el caso de los adultos que piden ser admitidos a la Iglesia y recibir los sacramentos de iniciación. Pero esto nos recuerda que el objetivo

de todo proceso de iniciación cristiana no es que los niños hagan la Primera Comunión, sino tener cristianos maduros en su fe. Muchos piensan que ya saben todo sobre la fe y no necesitan aprender nada más, pero otros muchos, al llegar a la edad adulta, descubren grandes carencias que no se resuelven con un par de consultas puntuales al sacerdote, y manifiestan su deseo de poder complementar su formación.

La Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, de Juan Pablo II (1988), sobre la vocación y misión de los laicos, ya marcaba la necesidad de una formación integral de los laicos, espiritual y doctrinal, que les ayudara a descubrir y vivir la propia misión en una unidad personal y en comunión con otras realidades eclesiales. Es decir, al servicio de la unidad de vida y de la misión. Probablemente hoy es aún más necesario que entonces. Una verdadera formación no es para adquirir conocimientos sino para “estar en forma”. Es decir, no puede ser meramente teórica sino que tiene que tener una implicación espiritual y también en el compromiso de vida, para transformar este mundo según el Evangelio.

“Permanente, eclesial, profética, personal”: el Congreso de Laicos celebrado en 2020, justo antes de la pandemia sugería esos adjetivos para la formación, y proponía algunas notas: silencio, oración, lectura, revisión de vida, discernimiento... Probablemente conviene releer esas sugerencias¹⁰.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿La gente busca en determinados ámbitos (monasterios, santuarios, Camino de Santiago) respuestas, encuentro con Dios? ¿En las cofradías también? ¿Deberían ser las cofradías un lugar donde tenga lugar ese encuentro?

¿Qué tiempos reservamos en la cofradía a la oración personal o comunitaria? ¿Deberían ser mayores y de más calidad? ¿Cómo podríamos hacerlo?

¿Reservamos algún tiempo a la lectura y meditación de la Palabra de Dios? ¿Deberíamos hacerlo? ¿Cómo podría ser?

¿Qué importancia y qué sentido le damos a la formación de los cofrades? Si hacemos algo, ¿sirve para que aprendan cosas o para la unidad de vida y para la misión de los cofrades como laicos?

¹⁰ Uríbarri Bilbao, G. SJ. *Itinerario 3: La formación de los laicos para ser Iglesia en salida*. Congreso de Laicos (Madrid 2020). <https://laicos.conferenciaepiscopal.es/itinerario-3/>

TEMA 6

Comunidad centrada en Dios – II: La liturgia

1. La liturgia: tarea fundamental de la cofradía

Una cofradía se define, según el derecho canónico, como aquella asociación de fieles que tiene por objeto promover el culto público; por ello recibe una especial misión y mantiene una especial vinculación con la jerarquía de la Iglesia. Las cofradías siempre han tenido clara la centralidad del culto en su identidad y en su quehacer. Pero esa promoción era muy diferente en el pasado a cómo puede y debe ser hoy. Por ejemplo, la regla de una cofradía del XVII probablemente mande que los cofrades asistan con sus velas encendidas en la misa que se oficiará en tal templo. El estar presentes, el tener las velas encendidas, y tal vez el confesarse y comulgar (muchas cofradías lo tenían como obligatorio antes de la procesión), se consideraba suficiente.

¿Nos conformaríamos hoy con “estar presente”? Probablemente no. La hermandad tiene ahora un papel mucho más activo en la organización de los cultos, en su difusión mediante carteles o redes sociales, en su solemnización y distribución de tareas y ministerios, en la música, etc. Antes lo hacía todo el sacerdote, hoy sentimos que muchas de las funciones le corresponden a la hermandad. Sin embargo, quizá aún nos falta lo principal: comprender y valorar en toda su profundidad el misterio que celebramos en cada liturgia.

2. La liturgia: lugar de encuentro con Cristo

En estos temas de formación estamos viendo que la cofradía debe ser -para los cofrades y para los que se acercan- un lugar donde encontrarse con Dios. Sin duda la liturgia es un ámbito para encontrarse con Dios, podríamos decir que el ámbito más real. «Si hubiésemos llegado a Jerusalén después de Pentecostés y hubiéramos sentido el deseo, no sólo de tener noticias sobre Jesús de Nazaret, sino de volver a encontrarnos con Él -nos dice el Papa Francisco-, no habríamos tenido otra posibilidad de un verdadero encuentro con Él sino en la comunidad que celebra... En la Eucaristía y en todos los Sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua» (núm. 8, 11)¹¹.

Esta participación en la liturgia no es iniciativa nuestra. «Antes de nuestra respuesta a su invitación -mucho antes- está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a Misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros» (núm. 6). “*Desiderio desideravi*”: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer» (Lc 22,15). El

¹¹ Las citas de esta sección corresponden a la Carta Apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica (29 de junio de 2022).

mismo deseo de Dios de encontrarse con nosotros tiene lugar, antes aún, el día de nuestro bautismo, y después en cada uno de los sacramentos.

El Papa, consciente de que esta es «la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (*Sacrosantum Concilium*, núm. 10), «la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano», quiere «invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana». Que no reduzcamos nuestra comprensión de la liturgia a «un ceremonial decorativo... o un mero conjunto de leyes y de preceptos», ya que la belleza de la verdad de la celebración donde realmente está es en «su significado teológico: la Liturgia es el sacerdocio de Cristo revelado y entregado a nosotros en su Pascua, presente y activo hoy a través de los signos sensibles (agua, aceite, pan, vino, gestos, palabras) para que el Espíritu, sumergiéndonos en el misterio pascual, transforme toda nuestra vida, conformándonos cada vez más con Cristo» (núm. 21).

Insiste el Papa: «El redescubrimiento continuo de la belleza de la Liturgia no es la búsqueda de un esteticismo ritual, que se complace sólo en el cuidado de la formalidad exterior de un rito, o se satisface con una escrupulosa observancia de las rúbricas». Es indudable que «hay que cuidar todos los aspectos de la celebración (espacio, tiempo, gestos, palabras, objetos, vestiduras, cantos, música, ...) y observar todas las rúbricas, pero esto no sería suficiente para que nuestra participación fuera plena».

«Parte *esencial* de la acción litúrgica es el asombro, la admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (cfr. Ef 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los ‘misterios’, es decir, de los sacramentos... Es la maravilla de quien experimenta la fuerza del símbolo, que no consiste en referirse a un concepto abstracto, sino en contener y expresar, en su concreción, lo que significa».

3. La necesidad de formación litúrgica

Siendo hombres del siglo XXI, «¿cómo podemos crecer en la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? ¿Cómo podemos seguir asombrándonos de lo que ocurre ante nuestros ojos en la celebración? Necesitamos una formación litúrgica seria y vital... para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la Liturgia -ésta es la cuestión decisiva y fundante de todo conocimiento y de toda práctica litúrgica-, adquiriendo la capacidad de comprender los textos eucológicos, los dinamismos rituales y su valor antropológico» (núm. 31, 35). Comprender lo que se hace y lo que se dice, para vivirlo.

Pero más que el estudio de las acciones litúrgicas, debemos aprender en nuestra propia participación en ellas. «El conocimiento del misterio de Cristo, cuestión decisiva para nuestra vida, no consiste en una asimilación mental de una idea, sino en una real implicación existencial con su persona... La celebración tiene que ver con la realidad de nuestro ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella, hasta que Cristo se forme en nosotros (cfr. Gál 4,19). La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él. León Magno escribe: ‘Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no tiende a otra cosa sino a convertirnos en lo que comemos’. La Liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz» (núm. 41-42). Por eso el objetivo de la formación litúrgica no es aprender ideas abstractas sino conformar la vida con Cristo. Decía Dreher en su obra: «Las liturgias cristianas deberían conducirnos a un mayor deseo de comunión con Dios»¹².

El Papa advierte cómo el *ars celebrandi*, el arte de celebrar, no es algo que afecte sólo al que preside sino a toda la asamblea. «Pienso en todos los gestos y palabras que pertenecen a la asamblea: reunirse, caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, aclamar, mirar, escuchar...

¹² *La opción benedictina*. Pag 139.

Realizar todos juntos el mismo gesto... Es una uniformidad que no sólo no mortifica, sino que, por el contrario, educa a cada fiel: son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comportamientos. No son el enunciado de un ideal en el que inspirarnos, sino una acción que implica al cuerpo en su totalidad, es decir, ser unidad de alma y cuerpo... Entre los gestos rituales que pertenecen a toda la asamblea, el silencio ocupa un lugar de absoluta importancia» (núms. 51-52). Parecería que estas palabras están dichas pensando en nuestras cofradías. Enseñar a hacer bien y con sentido estos gestos y estos silencios, ésta sí es una verdadera promoción del culto.

Piensa el Papa que «El hombre moderno ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico». Y cita al gran teólogo Romano Guardini: «Con esto se delinea la primera tarea del trabajo de la formación litúrgica: el hombre ha de volver a ser capaz de símbolos». Ciertamente las cofradías se mueven en el terreno de lo plástico, lo representativo, lo simbólico, empezando por “el símbolo de nuestro cuerpo”. Por ello tienen capacidad para contribuir a la formación litúrgica del pueblo de Dios, y aún de los alejados, con más eficacia que muchos doctores y muchas explicaciones. Pero deben cuidar que esa experiencia plástica este no sólo bien hecha estéticamente, sino con hondura; que conduzca al asombro, a la adoración, a la comprensión y vivencia del misterio que se celebra, a ser uno con Dios.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Qué importancia tiene la liturgia en nuestra cofradía? ¿En qué ponemos el acento, qué nos preocupa más (la organización de cultos, la solemnización, la vistosidad, el sentido del misterio)?

¿Pensamos que lo que hace la cofradía (movimientos, imágenes, sonidos, actitudes del cuerpo) puede ayudar a tener una experiencia de Dios? ¿En qué forma? ¿Qué deberíamos hacer para que ayudaran más?

¿Descubrimos la necesidad de una formación que ayude a entrar en el misterio de lo que celebramos? ¿Qué podíamos hacer para realizarla?

TEMA 7

Comunidad centrada en Dios – III: La vida

1. “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Jn 14,15)

Dice Dreher en *La opción benedictina*: «Además de ayudarnos a recordar a Cristo, la liturgia nos recuerda que el cristianismo no es solo una filosofía, sino un modo de vida». La clave no es la ideología, no es la celebración, sino la propia vida. El Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* sobre la santidad en el mundo contemporáneo, advertía contra un “riesgo gnóstico” que consistiría en tomar la religión como una idea, una serie de conocimientos, o bien como una experiencia, una emoción; todos ellos pueden producir iluminación o consuelo, pero no salvación. Lo que mide la perfección de las personas, nos recuerda el Papa, es su grado de caridad, no la cantidad de conocimientos o experiencias que acumulen.

Pero advierte también Francisco contra la herejía contraria, el “riesgo pelagiano” que consiste en pensar que todo depende de nuestro esfuerzo personal, olvidando que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (Rm 9,16) y que «él nos amó primero» (1 Jn 4,19). La santidad se realiza en un trabajoso diálogo entre gracia y naturaleza, entre Dios y el hombre, que se verifica en la historia de cada uno; una historia de ruptura y de pecado, pero también de reencuentro y de salvación. Dispuestos a vivir la vida como un «combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo » (núm. 59)¹³

En este combate tenemos armas poderosas: la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria... Y también encontramos un arma en el *discernimiento*, un don que ha de ser pedido al Espíritu Santo pero también un hábito de buscar en cada momento cual es la voluntad y la inspiración de Dios. «No solo es necesario en momentos extraordinarios, cuando hay que tomar una decisión crucial. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer» (núm. 169).

La cofradía está para proponernos, como hacía la regla benedictina, una vida sencilla y centrada en Dios. Sencilla quiere decir no tan preocupada por el éxito como por la autenticidad, lo iremos viendo en temas posteriores. Sencilla quiere decir hecha de cosas sencillas: de trabajo y de ocio, de relaciones familiares y de vivir una cultura concreta, ser parte de un pueblo. Pero también en esa sencillez nos abre a cosas grandes: a la vocación y la misión, a la santidad como gran proyecto de la vida.

2. La cofradía y la santidad

¹³ Las citas de este tema corresponden a la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual* (19 de marzo de 2018).

El objetivo más elemental de cualquier asociación de fieles es la santificación de sus miembros. El Papa nos estimula a redescubrir que la vocación a la santidad está en el origen de toda existencia humana. «El Señor nos quiere santos –dice Francisco- y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (núm. 1). «Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (núm. 14).

Justamente las vidas mediocres de muchos miembros de la Iglesia, y en concreto de los cofrades, son el peor antitestimonio. Si lo que trasciende de nuestra hermandad son solo envidias y discusiones; si demostramos que nos da igual vivir de este u otro modo, aunque no sea una forma de vida nada adecuada al Evangelio, no seremos testimonio. Cuando cada uno encuentra en la cofradía un estímulo y una ayuda para crecer como seguidor de Cristo, entonces estamos respondiendo al verdadero ser de la hermandad.

El Papa nos invita a fijar los ojos en “los santos de la puerta de al lado”, no sólo en los que están en los altares. «Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo... Esa es muchas veces la santidad ‘de la puerta de al lado’, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios o, para usar otra expresión, ‘la clase media de la santidad’. Dejémosnos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo» (núm. 7-8).

¿En qué forma la cofradía nos puede ayudar en el camino de la santidad? Pensemos en el ejemplo de tantos santos “de la puerta de al lado”, a menudo nada llamativos, que nos rodean en la hermandad. Pero también en el encuentro y diálogo intergeneracional, que debería ser una ocasión no para revivir “batallitas” de lo que hicimos cuando éramos jóvenes, sino para señalar lo esencial de la vida: la santidad. Y están los auxilios que la hermandad proporciona: la oración, la liturgia, la escucha de la Palabra de Dios. Y la participación en el ser y la misión de la Iglesia: la cofradía es cauce para iniciarse y crecer en esa participación, incluso para los alejados.

El Papa nos recuerda varios ejemplos de comunidades santas, en que unos y otros se estimularon recíprocamente para avanzar en el seguimiento de Cristo. Así los siete santos fundadores de la orden servita, las fundadoras del convento de la Visitación en Madrid, o la comunidad de monjes trapenses de Tihirine (Argelia), que se prepararon juntos para el martirio. Claro que en la vida de comunidad escuchamos juntos la Palabra de Dios, y podemos encontrar momentos de conversación espiritual, como los diálogos de san Agustín con su madre santa Mónica, «pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo» (núm. 143).

El Papa nos propone hacer una escuela de santidad desde los pequeños gestos cotidianos, desde los pequeños detalles, como hizo el propio Jesús. Atentos al pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta, de que faltaba una oveja; darse cuenta de la viuda que ofreció sus dos moneditas, prever aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora... «La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre» (núm. 145). Quedémosnos con esta bella propuesta: la santidad se teje en comunidad en pequeños detalles de atención mutua y cuidado de los unos por los otros. Nos vale para la cofradía.

3. El valor del trabajo

Dreher, fijándose en la vida de los monjes, ensalza el papel del trabajo como fuente de espiritualidad. “Ora et labora”, figura como lema de la vida monástica, “Reza y trabaja”. El monje debe vivir de la obra de sus manos; eso no contrarresta sino que equilibra la dimensión contemplativa de su existencia. Pero apunta otra reflexión que es muy oportuna en el mundo de hoy: debemos renovar la relación que mantenemos con nuestro el trabajo, que él califica de “disfuncional”.

Está bien elegido el calificativo. En ocasiones lo vemos como es una tortura (el término latino *tripaliare*, trabajar, viene del *tripalium*, un instrumento de tortura); una obligación desagradable pero necesaria para poder sobrevivir. Otras veces dejamos que nos domine y nos damos a él sin medida, quizá para escapar de relaciones más exigentes. Por un lado parece un bien escaso, y vemos las dificultades de tantos, especialmente las jóvenes generaciones, por acceder a un trabajo medianamente estable. Por otro lado, intentamos escapar de él cuanto antes para dedicarnos a simplemente “vivir”, bien sea reduciendo la jornada laboral e hinchando un tiempo libre que absolutizamos -un riesgo que señala el Papa- o bien ponemos la meta en una jubilación anticipada, prolongada y feliz.

No despreciemos el trabajo, dice Francisco. «El trabajo es un componente esencial en la vida humana, y también en el camino de la santificación. Trabajar no solo sirve para conseguir el sustento adecuado: es también un lugar en el que nos expresamos, nos sentimos útiles, y aprendemos la gran lección de la concreción, que ayuda a que la vida espiritual no se convierta en espiritualismo... Muchas veces me pregunto: ¿con qué espíritu hacemos nuestro trabajo cotidiano? ¿Cómo afrontamos el esfuerzo? ¿Vemos nuestra actividad unida solo a nuestro destino o también al destino de los otros? De hecho, el trabajo es una forma de expresar nuestra personalidad, que es por su naturaleza relacional. El trabajo es también una forma para expresar nuestra creatividad: cada uno hace el trabajo a su manera, con el propio estilo; el mismo trabajo, pero con un estilo diferente».

«Es hermoso pensar que Jesús mismo trabajó y que aprendió este arte propio de san José. Hoy debemos preguntarnos qué podemos hacer para recuperar el valor del trabajo; y qué podemos aportar, como Iglesia, para que sea rescatado de la lógica del mero beneficio y pueda ser vivido como derecho y deber fundamental de la persona, que expresa e incrementa su dignidad»¹⁴.

Me gusta esa imagen de san José enseñando a Jesús el valor del trabajo. Recuerdo a los mayores de mi cofradía, los que me acogieron a mí cuando era adolescente; el interés que ponían en los estudios de los jóvenes, en sus primeros trabajos y logros profesionales. Recuerdo también el interés con que procuraban conseguir un trabajo a algún hermano desocupado. Sé de cofradías que crean, de forma intencional o casual, redes de solidaridad laboral. También está el caso de hermanos cofrades que se ofrecen a cuidar los niños de otro hermano durante su jornada laboral. Y podíamos seguir buscando ejemplos.

4. El tiempo libre

Podemos pensar que la cofradía es una actividad de tiempo libre, un tiempo que -al menos a algunos- cada día les resulta más abundante. Ese tiempo no es simplemente de no hacer nada, de recuperarse del desgaste y las frustraciones acumulados durante la jornada laboral. Ni podemos convertirlo en un tiempo alienado por las leyes del consumo: frente al tiempo de trabajo y ganancia, el tiempo de despilfarro consumista.

La fe bíblica nos presenta a Dios como el que trabaja y descansa. Y la religión bíblica tiene uno de sus pilares en el descanso, el precepto del sábado, entendido como un tiempo dedicado a Dios y por tanto sagrado, inviolable. Pero también dedicado a ver y agradecer la belleza de la creación, de las cosas, de la vida. Dedicado

¹⁴ Papa Francisco. *San José, el carpintero*. Audiencia general, 12 de enero de 2022.

a la familia y a la caridad, a la visita de enfermos o de personas solas. Por encima de todo, dedicado a vivir la gratuidad, a celebrar que todo lo que tenemos y somos es puro don.

A menudo las comunidades cristianas tienden a agobiar a los feligreses más activos con multitud de compromisos. Este que se ha ofrecido para ayudar en la liturgia puede también echar una mano en la contabilidad y dar catequesis. Y son los mismos los que participan en todo, hasta que se cansan de que les exploten. Lo mismo puede pasar en las hermandades: son los mismos los que colaboran en todo. No olvidemos que ese tiempo libre, además de posibilitar un servicio a la comunidad, es de creatividad, de relación. Preocupémonos de que sirva para vivir la comunicación, la gratuidad, la acción de gracias y la alabanza.

5. La caridad

La preocupación por la caridad ha sido el gran redescubrimiento de las hermandades en los últimos tiempos, como una de las más dimensiones más genuinamente cofrades, constitutivas de su origen y permanentes en su historia, y más significativas en el momento actual. Es algo primordial, tanto a la hora de entenderse a sí mismas como de intentar que las entienda el mundo.

Ahora se trata de poner la verdad de la caridad en relación con la verdad de nuestra vida de creyentes, de nuestro camino hacia la santidad. A veces presentamos ejemplos de acción caritativa cofrade de una gran brillantez y de espectaculares resultados, que pueden hacer aparecer nuestras hermandades como eficaces organizaciones prestadoras de servicios sociales. Sin menospreciar estos logros, no olvidemos que la esencia de la caridad cristiana no es la eficacia sino el servicio, no los logros sino la autenticidad en la puesta a disposición de nuestro tiempo y nuestros medios, de nuestras personas.

Dicho de otro modo, la caridad cristiana se basa en el voluntariado, incluso en el sacrificio personal - al modo el de Cristo-, no en la profesionalización, por exitosa que resulte. Se basa en la atención a necesidades concretas que suceden a mi lado -con la mirada atenta del buen samaritano-, más que en una sensibilidad abstracta por grandes necesidades o grandes causas. Y aquí es donde nos interpela a todos: más allá de dar periódicamente un donativo, ¿qué hago yo por los que me necesitan *concretamente*?

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿La cofradía nos hace descubrir la necesidad de ser mejores, de ser santos, o no tiene nada que ver con eso?
¿Qué nos ofrece la cofradía en el camino de seguidores de Cristo? ¿Qué más podría ofrecer?

Como cofradía, ¿somos un testimonio de creyentes santos o un antitestimonio? ¿Por qué?

¿Qué importancia damos a los pequeños detalles de cuidado de unos por otros? ¿Cuáles de estos detalles podrían ayudarnos a crecer en santidad?

¿La hermandad nos ayuda en algo a vivir nuestro trabajo como relación y realización, como camino de santidad? ¿Cómo podría hacerlo?

¿Copamos el tiempo libre de aquellos cofrades que se prestan a colaborar? ¿Le ayudamos a vivir la gratuidad y la alabanza, o les tomamos como peones de carga? ¿Qué deberíamos hacer?

¿Qué valor damos a la caridad en la cofradía? ¿Le damos un sentido personal, existencial, o institucional? ¿Nos interpela personalmente? ¿Descubrimos las necesidades concretas que hay a nuestro alrededor? ¿Qué podríamos hacer?

TEMA 8

Descubrir la vocación

1. La vida como misterio

Esta mañana recibía un meme, como tantos; era una frase de Gandhi: “*La vida no es un problema que hay que resolver, es un misterio que hay que vivir*”. Apenas lo miré, pero al cabo de un rato me di cuenta: sí, exactamente, de eso tenemos que hablar ahora.

En el segundo de estos temas que estamos viendo, hablábamos del individualismo como característica de la cultura contemporánea. Yo soy el centro de mi propio universo, no puedo aceptar la coacción de nadie, y si establezco algún nexo con los demás es porque a mí me interesa y mientras me interese. La modernidad ha consistido exactamente en eso, en liberarnos de los condicionantes externos para poder ser lo que queremos ser: liberarnos de la tradición, de la cultura, incluso de la religión.

La propia vida surge entonces como un proyecto personal. Puedo y debo decidir qué ser en todos los órdenes, aun en el género sexual. Nadie puede decirme si soy hombre o mujer, ni siquiera la biología: soy yo quien tiene que sentirse a gusto en su propia piel. Es ese proyecto mío, que debo construir sin condicionantes, partiendo de cero. Y que a algunos se les antoja una carga excesiva, por el miedo a fracasar: probablemente de ahí surgen muchos de los inquietantes casos de suicidio juvenil.

Hay un gran contraste entre esa visión, la vida como proyecto de realización personal, y la visión cristiana: la vida como llamada, como vocación. No es que los cristianos estemos en contra de que cada uno sea lo que quiera, trabaje en lo que quiera, viva donde quiera; es algo más profundo, más esencial. En la raíz del ser de cada persona, incluso de cada cosa que existe, descubrimos una palabra, una llamada de Alguien grande, capaz de decir nuestro nombre y simplemente con eso hacer que existamos. La llamada a la vida, esa palabra personal que Dios me ha dirigido a mí para hacerme pasar del no ser al ser, en latín se dice *vocatio*: vocación.

«No vivimos inmersos en la casualidad, ni somos arrastrados por una serie de acontecimientos desordenados, sino que nuestra vida y nuestra presencia en el mundo son fruto de una vocación divina»¹⁵, dice el Papa Francisco. De hecho mi vida, mi persona, aparecen como un misterio para los demás, incluso para mí mismo; a menudo me sorprende o me desconcierto a mí mismo y desconcierto a otros. Precisamente porque existo como un misterio que refleja el propio misterio de Dios, el que me ha llamado al ser. Llevo en mí el *misterium salutis*, el misterio de la vida, de la salvación; pero también el *misterium iniquitatis*, el misterio de la división y del mal.

Esto lo explica el Concilio Vaticano II con bellísimas palabras, lo explica con palabras de fe: «Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta obscuridad. Nadie en ciertos momentos, sobre todo en los acontecimientos más importantes de la vida, puede huir del todo el interrogante

¹⁵ Mensaje para la 55ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (diciembre 2017).

referido. A este problema sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta; Dios, que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad... En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte. (*Gaudium et Spes* 21-22)».

Por eso, como decía la frase de Gandhi, mi vida es ese misterio que tengo que vivir sin acabar de entender, reclinando la cabeza con confianza en ese Alguien grande del que procedo. Sólo puedo entenderme como misterio, y sólo puedo vivirme con confianza. Desde esa confianza sé que lo que soy es algo que tiene sentido, aunque yo en esta vida nunca lo vaya a entender del todo. Y ese sentido me lo da, en esencia, el amor que me tiene Quien me ha creado.

2. La vida como misión

Cada uno de nosotros somos un regalo de Dios, la vida es un don. Por eso se nos invita a reconocer y agradecer el don de la vida. «Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente» (Salmo 139). Somos un regalo para nosotros mismos, pero también para los demás. Me emociona cuando en un entierro damos gracias por la vida del difunto, por el don que ha supuesto para todos. Y damos gracias por los dones que le acompañaron en vida: laboriosidad, fidelidad, alegría, entrega, paciencia..., que han sido regalos para los demás.

La vocación está indisolublemente unida a la misión. Si la vida de Cristo ilumina y esclarece el misterio del hombre, de cada hombre, ser llamados a la vida significa para cada uno la misión de hacer vida un aspecto del misterio de Cristo. «Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio», dice el Papa en la Encíclica *Gaudete et Exsultate* (núm. 19).

«Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy» (núm. 23-24).

Cuando entendemos la vida no como un proyecto más o menos grandioso o perfecto que debo ir construyendo, sino como una misión que debo ir descubriendo y realizando, las cosas son distintas. Realizo mi misión cuando decido estudiar tal cosa o trabajar en tal profesión, que veo las más adecuadas a mis inquietudes y capacidades y en las que puedo servir mejor a los demás. Realizo mi misión en el mundo laboral, que me asegura los medios de vida, me abre a la relación con los otros, y pone en mis manos la posibilidad de ser creador, de prolongar la acción creadora de Dios. Realizo esa misión cuando desarrollo tal o cual relación con otros, y especialmente cuando creo un vínculo de pareja que afecta a toda mi persona y está abierto a transmitir la vida a otros. Realizo esa misión cuando, desde mi propia identidad creyente, me implico en una actividad cultural o social, en un partido político, en un sindicato, en una asociación al servicio de la sociedad; no entendiendo estas tareas como un mero pasatiempo, ni como una realización personal, aunque puedan serlo, sino sobre todo como mi respuesta al encargo que he recibido. Realizo esa misión también cuando me pongo al servicio del Reino, bien como laico, como sacerdote o consagrado, consciente de mis compromisos y de las necesidades de la Iglesia.

3. Cofradía y misión

También la cofradía es una vocación, y así debo considerarla. No estoy en ella por mera decisión personal, sino porque he sido llamado por Dios a ser cofrade, a desarrollar mi vida de fe vinculada a tal devoción que marcará mi vida, a convivir con estos hermanos concretos, a vivir la realidad de la Iglesia en esta pequeña parcela que es la hermandad, y desde aquí servir al mundo siendo consciente de sus dolores y necesidades.

Nada más contrario a la misión de la cofradía que entenderla como un pasatiempo personal o colectivo, un lugar para medrar personalmente o para satisfacer las propias inquietudes artísticas o espirituales. Al revés, la hermandad debe ser un instrumento y una escuela de compromiso con la sociedad, especialmente con los más desfavorecidos, como realmente ha sido siempre. De este modo, no sólo ayudará a los hermanos a entender y realizar su misión en su seno, sino que los abrirá a nuevas dimensiones de aquella.

Por eso es necesario que la cofradía viva y ayude a vivir un espíritu de misión, un espíritu atento a los demás, al servicio de Cristo en la sociedad, en los últimos; al servicio de la Iglesia y del Reino de Dios. Si pensamos que la hermandad está sólo para que la sirvan a ella, para que la reconozcan, la valoren, le proporcionen medios y agentes pastorales, le den honores, ayudas y subvenciones... entonces no vivirá ni ayudará a los cofrades a vivir su propia misión.

La cofradía es una vocación “palanca”, como la familia. Es una vocación que es la vez matriz donde pueden y deben engendrarse otras vocaciones. Y así es en muchos casos. De hecho, uno de los signos de vitalidad espiritual de una hermandad, como de cualquier comunidad cristiana, es la generación de otras vocaciones en su seno. Cuántos sacerdotes, consagrados, laicos comprometidos, padres y madres ejemplares... surgen de las hermandades.

También favorece el surgimiento de vocaciones la relación abierta y cercana con otras formas de vida vocacional. Si sólo se ve al sacerdote con sospecha, como un superior caprichoso o un interventor de la vida de la hermandad, es difícil que nadie conciba una vocación sacerdotal. En cambio, si se aprende a verle como alguien cercano, a colaborar lealmente en sus tareas, incluso a compartir con cariño sus logros o sus cumpleaños, alguien puede sentirse espoleado por el Espíritu a conocer más y seguir la vocación sacerdotal. Lo mismo podemos decir del resto de vocaciones, incluso las aparentemente más alejadas de la realidad cofrade: vocaciones misioneras, contemplativas, asistenciales... Es mucho lo que la hermandad puede hacer para fomentar las vocaciones en su seno, pero se concreta a partir de pequeños gestos, pequeñas propuestas y respuestas de cada día.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Qué dificultades tenemos, como hombres de hoy, para aceptar y vivir nuestra vida no como proyecto propio sino como vocación?

¿En algún momento hemos sentido la necesidad de iluminación para entender qué debíamos hacer en la vida, qué esperaba Dios de nosotros? ¿Dónde hemos buscado esa iluminación? ¿Qué hemos encontrado?

¿La cofradía se concibe a sí misma como servidora de la Iglesia, de la sociedad, o como acreedora de que la sirvan a ella?

¿Hemos visto que a alguien le haya servido la hermandad para plantearse una vocación de mayor consagración? ¿Qué ayudas y qué estorbos ha encontrado en la cofradía?

TEMA 9

Cuidar la familia (I)

Dreher no hace una propuesta concreta sobre familia, aunque cuente con las familias como eje transversal de casi todas sus propuestas. Lo que sí tiene es un planteamiento sobre sexualidad, la reivindicación de la moral sexual cristiana como un tema crucial para la supervivencia del cristianismo; considera que la revolución sexual en la que estamos es uno de los mayores ataques a la fe, y de las mayores dificultades para vivir la identidad cristiana. Lo cual tiene una lectura en positivo, al hacer ver que la “verdad en el amor”, la “*veritas in caritate*”, es el centro de la relación de pareja y de toda la identidad cristiana.

Una invitación mucho más profunda a la reflexión sobre el tema de la familia la realizan nuestros obispos de España en el «*El Dios fiel mantiene su alianza*», *Instrumento de trabajo pastoral sobre persona, familia y sociedad*, de noviembre de 2022. No se trata de un documento doctrinal sino de un guion para el trabajo personal o en grupos. En él se analiza la situación actual de la familia en nuestro país, incluso después de la pandemia de COVID y la crisis por la guerra de Ucrania, así como sus causas culturales, legislativas, económicas, e incluso las carencias eclesiales que pueden haber influido en este estado de cosas; para llegar después a algunas sugerencias operativas y acciones concretas. Es hermoso cuando este documento afirma, además de la naturaleza corporal y sexuada del ser humano, el hecho de que nadie existe para sí mismo, todos estamos hechos para la relación e incluso para el amor oblativo, como forma superior de verdad en el amor.

Pero hoy día el documento principal sobre la familia, que continúa una permanente línea de textos pontificios, es la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* del papa Francisco, posterior al Sínodo sobre la Familia de 2015. Esta Exhortación pone la mirada en el centro de la cuestión: «La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia» (núm. 1), una alegría que no oculta los problemas existentes.

¿Cómo enfocar la cuestión de la familia desde el mundo de las cofradías? Desde luego no es algo que podamos ignorar, pero tampoco puede pretenderse que la hermandad dé respuesta a todos los problemas y situaciones. Por eso debemos seleccionar algunas prioridades.

1. La familia cofrade y el evangelio de la familia

El capítulo cuarto de *Amoris Laetitia* es un canto a aquellos valores del matrimonio que realmente son propios del amor en sí mismo, de todo amor verdadero, siguiendo el conocido himno de la carta a los Corintios: «El amor es paciente, es afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites» (1 Co 13, 4-7). Un amor así, el ideal cristiano en cualquier situación, es lo más importante del evangelio de la familia. Vivir y transmitir un amor así es tarea de todos, también de una cofradía.

En el número 200 de la Exhortación el Papa, recogiendo las aportaciones del Sínodo, afirma que «las familias cristianas, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales sujetos de la pastoral familiar, sobre todo aportando ‘el testimonio gozoso de los cónyuges y de las familias, iglesias domésticas’. Por ello, ‘se trata de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que llena el corazón y la vida entera’».

Es decir, no se trata sólo de proponer unas normas legales o morales, o de denunciar «con franqueza los condicionamientos culturales, sociales, políticos y económicos, que impiden una auténtica vida familiar», aunque todo esto sea necesario. Lo primordial es el testimonio de las familias que viven la alegría de su amor. Una vía concreta y nada teórica, que comienza por apreciar la belleza y la bondad -y también el dolor- que están delante de nuestros ojos. La presencia real en nuestra cofradía de familias que intentan mantener su amor a través de las dificultades, ese es el evangelio de la familia hecho carne.

De un modo concreto el Papa señala la necesidad de ayudar a todos los que se inician en la fe a apreciar la belleza del matrimonio, pero especialmente a quienes se preparan para contraerlo. Porque debe haber una preparación remota, dentro de la iniciación cristiana, y otra próxima para quienes ya están prometidos. Toda esa no es una tarea exclusiva del sacerdote o catequista, sino que requiere «una mayor implicación de toda la comunidad, privilegiando el testimonio de las familias... Invito a las comunidades cristianas a reconocer que acompañar el camino de amor de los novios es un bien para ellas mismas» (núms. 206-207).

«Tampoco hay que olvidar los valiosos recursos de la pastoral popular. Para dar un sencillo ejemplo, recuerdo el día de san Valentín, que en algunos países es mejor aprovechado por los comerciantes que por la creatividad de los pastores» (núm 208). Este texto del Papa debería espolear nuestra creatividad. ¿En qué forma podría la hermandad cooperar a la preparación remota y próxima al matrimonio? ¿En qué forma puede celebrar la alegría del evangelio de la familia con quienes lo están viviendo, aprovechando toda ocasión propicia?

2. Acompañamiento en la diversidad de situaciones:

Amoris Laetitia es uno de los documentos donde más ha insistido el Papa Francisco en la necesidad de acompañar, sobre todo las situaciones de fragilidad y dolor. Un acompañamiento realizado de forma espontánea, no programada ni profesional, sino determinada por la cercanía humana y afectiva. Un acompañamiento «a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino».

El Papa habla especialmente de la necesidad de acompañamiento de las parejas recién casadas, pero también cuando hay crisis familiares, en los divorcios y separaciones, en el caso de hijos homosexuales, de familias monoparentales, y especialmente en el fallecimiento del cónyuge o de un hijo. En todos estos casos -y otros similares- la cofradía tiene una situación de excepcional cercanía para poder acompañar a quien las padece, sobre todo a los hijos, que suelen ser la parte más vulnerable. Quienes atraviesan esas situaciones pueden sentir, gracias a la hermandad, la proximidad de los pastores y de otras familias y cristianos comprometidos. Es la gracia de la comunidad.

Por su parte, *El Dios fiel mantiene su alianza* hace una reflexión sobre la *desvinculación*, como un fenómeno generalizado a nivel mundial, que debilita la imprescindible dimensión relacional de la vida humana. Es una consecuencia del individualismo a veces exacerbado de nuestro mundo, que a algunos les impide a algunos establecer vínculos estables y compartir la vida con otra persona. O reduce esos vínculos, incluso una vida de pareja, a mínimos. Eso les hace instalarse en un “vacío de amor” que va más allá de una simple soledad, y que puede ser causa de graves problemas de salud mental.

Muchos conciudadanos –dice el texto- no pueden afirmar positivamente que su vida tenga sentido ni pueden reconocer una razón para vivir. Esto se ha puesto especialmente en evidencia en la pandemia. Ante esta situación, la hermandad tiene tanto que decir y que hacer, ofreciendo calor de hermanos y cobijo a quien siente la mordedura de la soledad.

3. Familia nuclear y familia extensa

Dice el Papa en *Amoris Laetitia* que «El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada, donde están los padres, los tíos, los primos, e incluso los vecinos. En esa familia grande puede haber algunos necesitados de ayuda, o al menos de compañía y de gestos de afecto, o puede haber grandes sufrimientos que necesitan un consuelo. El individualismo de estos tiempos a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto».

Uno de los graves problemas de hoy, me parece a mí, es haber caído en la trampa individualista de considerar “familia” sólo a la familia nuclear: el matrimonio y los hijos, cuando nunca ha sido así. La familia “extensa” o “ampliada”, como la llama el Papa, es la que ha tenido un valor permanente, y es en sí misma un sistema de transmisión genético, patrimonial y cultural, incluyendo aquí la transmisión de los valores y de la fe.

La familia nuclear es hoy extremadamente débil; puede que los esposos, desplazados en sus trabajos, se vean sólo una vez a la semana o aún menos; los vínculos matrimoniales se rompen y recomponen con toda facilidad; no siempre está claro quién tiene de modo efectivo la tutela de cada hijo. Paradójicamente, la familia extensa sigue prestando solidez a la nuclear cuando ésta falla: cuántos abuelos se encargan de los nietos, los llevan a clase, a las actividades extraescolares, a catequesis, a misa; son quienes le dan de comer y les enseñan a lavarse y vestirse, en definitiva quienes les educan. Una feligresa, madre de un divorciado, me decía: «Yo a mi nieto le hablo de Jesús y le enseño a rezar cada noche, pero cuando está con mi nuera pierde todo lo que ha aprendido conmigo». ¿Quién educa y quién transmite la fe? Muy a menudo los mayores, la familia extensa.

Como dice el Papa, el papel de esta familia extensa se ve más en las situaciones especiales: madres adolescentes, niños sin padres, mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, personas con alguna discapacidad, jóvenes que luchan contra una adicción, solteros, separados o viudos que sufren la soledad. Y por supuesto también de los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos. Además, sirve para detectar y denunciar a tiempo posibles situaciones de violencia o incluso de abuso sufridas por los niños.

De esta “familia extensa” también participa a su modo la cofradía. Recuerdo una familia de mi hermandad, con hijos y nietos dispersos por varias ciudades, que anualmente se recomponía para celebrar juntos la Semana Santa. El punto de reunión de todos era, año tras año, precisamente el templo de la hermandad; desde ahí se iban a la casa paterna. La cofradía tiene capacidad de aglutinar, de ofrecer “hogar”. Tiene capacidad para estar cerca de las personas y situaciones especiales, para coadyuvar en la educación de los hijos; pero también puede estar atenta a los casos de abandono y violencia, y más de una vez ha sido quien ha hecho saltar las alarmas.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Las familias de la cofradía logran ser un testimonio alegre del evangelio de la familia? ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo lo recibimos los demás? ¿Qué más se podría hacer?

¿Cómo cofradía, podemos asumir algún papel en la preparación remota y próxima al matrimonio?

¿Conocemos las situaciones de especial fragilidad que existen en nuestra hermandad, desde los divorcios a la violencia doméstica o las situaciones de soledad? ¿Hacemos algo? ¿Qué más podríamos hacer?

¿Logramos ser “familia extensa” de nuestras familias? ¿Qué les aportamos y qué podríamos aportarles?

TEMA 10

Cuidar la familia (II): los mayores

1. El papel de los abuelos

Nuestro mundo sufre un invierno demográfico, con pocos niños y muchos ancianos. Para la cultura dominante la juventud contiene el sentido pleno de la vida, mientras que la vejez representa simplemente el vaciamiento y la pérdida. «Es considerada una edad que no tiene contenidos especiales que ofrecer, ni significados propios que vivir. Además, hay una falta de estímulo por parte de la gente para buscarlos, y falta la educación de la comunidad para reconocerlos. En resumen, para una edad que ya es parte determinante del espacio comunitario y se extiende a un tercio de toda la vida, hay planes de asistencia pero no proyectos de existencia»¹⁶.

La vejez, dice el Papa, ciertamente impone ritmos más lentos, pero no son solo tiempos de inercia. Pone de ejemplo a la suegra de Pedro «anciana mujer, que ‘se levantó y se puso a servirles’. También como ancianos se puede, es más, se debe servir a la comunidad. Está bien que los ancianos cultiven todavía la responsabilidad de servir, venciendo a la tentación de ponerse a un lado... Si los ancianos, en vez de ser descartados y apartados de la escena de los eventos que marcan la vida de la comunidad, fueran puestos en el centro de la atención colectiva, se verían animados a ejercer el valioso ministerio de la gratitud hacia Dios, que no se olvida de nadie».

Para toda la comunidad es necesaria «esa capacidad de ver, ver realmente y también ver simbólicamente, que tienen los ancianos, que saben ver las cosas, el significado más profundo de las cosas. La vitalidad de su mirada es un don valioso: les consiente transmitir la herencia de su larga experiencia de vida y de fe, con la lucidez necesaria». «En nuestra vejez se agudiza la importancia de tantos ‘detalles’ de los que se compone la vida: una caricia, una sonrisa, un gesto, un trabajo apreciado, una sorpresa inesperada, una alegría hospitalaria, un vínculo fiel. Lo esencial de la vida, lo que más apreciamos al acercarnos a la despedida, se nos hace definitivamente claro. Esta sabiduría de la vejez es el lugar de nuestra gestación, que ilumina la vida de los niños, los jóvenes, los adultos y de toda la comunidad. Los ‘viejos’ -dice el Papa- debemos ser esto: luz para los demás».

Pero el anciano no sólo está para saber mirar, también debe contar: «Lo importante no es solo que el anciano ocupe el lugar de sabiduría, de historia vivida, en la sociedad, sino también que haya un coloquio. Los jóvenes deben hablar con los ancianos, y los ancianos con los jóvenes». «La escucha personal y directa del pasaje de la historia de fe vivida, con todos sus altibajos, es insustituible... La narración directa, de persona a persona, tiene tonos y modos de comunicación que ningún otro medio puede sustituir. Un anciano que ha vivido mucho, y obtiene el don de un lúcido y apasionado testimonio de su historia, es una bendición insustituible. Lamentablemente hoy esto no es así y se piensa que los abuelos sean material de descarte: ¡no! Son la memoria viva de un pueblo y los jóvenes y los niños deben escuchar a los abuelos».

«Hagamos que los viejos, que los abuelos, las abuelas, estén cerca de los niños, de los jóvenes, para transmitir esta memoria de la vida, para transmitir esta experiencia de la vida, esta sabiduría de la vida. En la medida en que nosotros hacemos que los jóvenes y los viejos se conecten, en esta medida habrá más esperanza para el futuro de nuestra sociedad». Incluso se atreve Francisco a hablar de una «alianza entre las

¹⁶ Esta cita y siguientes pertenecen a las Catequesis del Papa en las audiencias generales a partir del 23 de febrero de 2022.

generaciones, que devuelve al ser humano todas las edades de la vida, es nuestro don perdido y tenemos que recuperarlo».

«¿La transmisión de la fe -y del sentido de la vida- sigue hoy este camino de escucha de los ancianos?... Le falta a menudo la pasión propia de una 'historia vivida'. Transmitir la fe no es decir las cosas 'bla-bla-bla'... La fe se transmite en dialecto, es decir en el habla familiar, entre abuelos y nietos, entre padres y nietos. La fe se transmite siempre en ese dialecto familiar y vivencial aprendido a lo largo de los años. Por eso es muy importante el diálogo en una familia, el diálogo de los niños con los abuelos que son aquellos que tienen la sabiduría de la fe».

2. Los mayores nos enseñan a ser pueblo

En un tema anterior hablábamos de la quiebra de la transmisión cultural como un signo de nuestro tiempo. El empeño de la modernidad ha sido liberarnos del peso de la tradición cultural, que -decían- nos condicionaba y nos impedía ser nosotros mismos, ser libremente lo que quisiéramos ser.

Lo cierto es que la cultura sirve para comunicar valores y referencias, consiste precisamente en esa comunicación. Nos dice quiénes somos, porque nos explica de dónde venimos, qué tiene valor, qué debemos hacer, qué podemos esperar. Si Duch atribuí a la comunidad el papel de ser el ámbito donde descubrimos quienes somos, la cultura, que es la realización máxima y la identidad de una comunidad mayor, de todo un pueblo, tiene en grado máximo la función de posibilitarnos entendernos a nosotros mismos, entender quiénes somos.

Necesito sentirme parte de un pueblo para saber quién soy. En un mundo caracterizado por la movilidad, por la liquidez en las relaciones, por una vida de nómadas, necesito saber que soy de un pueblo concreto. Al final lo que da consistencia a mi ser es ese pueblo, ese substrato, esa tierra a la que pertenezco.

Antropológicamente necesitamos eso para sentirnos a salvo, para saber que tenemos un lugar, un *sitz im lebem*, y también para acoger la salvación. El Papa Francisco ha desarrollado de modo especial la Teología del Pueblo de Dios *concreto*. El pueblo de Dios, el destinatario de las promesas -dice el Papa- tiene muchos rostros, porque se encarna en la gran variedad de los pueblos de la tierra, cada uno con su cultura propia, su propio estilo de vida. «Esto se debe a que la persona humana está siempre referida a la sociedad, donde vive un modo concreto de relacionarse con la realidad. El ser humano está siempre culturalmente situado. La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe». (Evangelii Gaudium 115).

Y ese conocimiento nos lo aportan los abuelos. Cuando el abuelo te dice: en este pupitre se sentaba tu padre, éstas eran las tierras de la familia, allí vivía el cura que cuando nos veía nos hacía besarle la mano, desde las peñas que hay más allá se divisa toda la provincia... te está enseñando a reconocer una historia y una geografía como tuyas. Eres heredero de todo eso. Podrás vivir muy lejos cambiar de trabajo, de familia, pero sabrás que ese es tu pueblo, porque te lo contaron tus abuelos. Ellos te hacen sentir parte de un pueblo.

En ese conjunto de cosas está también la cofradía, con sus historias y sus lugares reconocibles, que ahora son también tuyos. Y en ese conjunto de cosas está también, ocupando un lugar eminente, Dios, al que tus abuelos te enseñaron a invocar con una forma familiar: "Padre". Necesitas a tus abuelos para aprender a rezar; para saber que, aunque vivas a cinco mil kilómetros, realmente eres parte de un pueblo que reza llevando a Dios sobre los hombros mientras suena *Thalberg* o *Amarguras*.

3. El magisterio de la fragilidad y la muerte

«En esta perspectiva la vejez tiene una belleza única: caminamos hacia el Eterno... El viejo camina hacia adelante, hacia el destino, hacia el cielo de Dios, el viejo camina con su sabiduría vivida durante la vida.

La vejez, pues, es un tiempo especial sobre todo porque abre a la ternura del vientre creador y generador de Dios. Quisiera subrayar esta palabra: la ternura de los ancianos. Observad a un abuelo o una abuela cómo miran a los nietos, cómo acarician a los nietos: esa ternura, que ha vencido las pruebas humanas y es capaz de dar gratuitamente el amor. Esta ternura abre la puerta a entender la ternura de Dios... Los ancianos son los mensajeros del futuro, los ancianos son los mensajeros de la ternura, los ancianos son los mensajeros de la sabiduría de una vida vivida».

«Solo la vejez espiritual puede dar este testimonio. La vejez que ha cultivado la sensibilidad del alma... se despide de la vida, pero entregando -entre comillas- la propia vida a la nueva generación. Y esta es la despedida de Simeón y Ana: 'Ahora puedo ir en paz'».

«No me rechaces ahora en la vejez, me van faltando las fuerzas, no me abandones» (Sal 71,9). «La oración renueva en el corazón del anciano la promesa de la fidelidad y de la bendición de Dios. Los ancianos, por su debilidad, pueden enseñar a los que viven otras edades de la vida que todos necesitamos abandonarnos en el Señor, invocar su ayuda. En este sentido, todos debemos aprender de la vejez: abandonarse al cuidado de los demás, empezando por Dios mismo. Existe entonces un 'magisterio de la fragilidad', que la vejez es capaz de recordar de manera creíble para todo el arco de la vida humana. Este magisterio abre un horizonte decisivo para la reforma de nuestra propia civilización».

«Tú debes ser testigo de Jesús también en la debilidad, en la enfermedad y en la muerte. El final de la vida debe ser un final de vida de discípulos de Jesús, porque el Señor nos habla siempre según la edad que tenemos. Aprender a despedirse: esta es la sabiduría de los ancianos. Pero despedirse bien, con la sonrisa. La vida del anciano es una despedida, lenta, lenta, pero una despedida alegre: he vivido la vida, he conservado mi fe. Esto es hermoso, cuando un anciano puede decir esto: 'He vivido la vida, esta es mi familia; he vivido la vida, he sido un pecador, pero también he hecho el bien'. Y esta paz que viene, esta es la despedida del anciano».

«La alianza de los ancianos y de los niños salvará a la familia humana... ¿Podríamos, por favor, devolver a los niños, que deben aprender a nacer, el tierno testimonio de los ancianos que poseen la sabiduría de morir? Esta humanidad, que con todo su progreso parece una adolescente nacida ayer, ¿podrá recuperar la gracia de una vejez que mantiene firme el horizonte de nuestro destino? La muerte es ciertamente un paso difícil en la vida. Todos tenemos que ir allí, pero no es fácil. Pero la muerte es también el paso que cierra el tiempo de la incertidumbre y tira el reloj. Porque la belleza de la vida que ya no caduca, comienza en ese momento».

Amoris Laetitia dedica varios números (253-258) a hablar de la muerte. Las situaciones de pérdida de un ser querido, el duelo, donde se necesita una especial cercanía de la comunidad. La esperanza cristiana no es simplemente una bonita idea que consuela, debe encarnarse en la cercanía y la disponibilidad de quienes rodean a los deudos, entre ellos la cercanía de la cofradía. Y en la oración por los difuntos, que apoya esa esperanza y está tan presente en la vida de la hermandad.

4. La vulnerabilidad, el abandono

«En esta cultura del descarte, los ancianos son dejados de lado y sufren estas cosas -sigue el Papa-. De hecho, no faltan quienes se aprovechan de la edad del anciano, para engañarlo, para intimidarlo de mil maneras... Los ancianos descartados, abandonados en las residencias, sin que los hijos vayan a visitarles... El anciano puesto en el rincón de la existencia». «La vejez no solo pierde su dignidad, sino que se pone en duda incluso que merezca continuar. Así, todos estamos tentados de esconder nuestra propia vulnerabilidad, esconder nuestra enfermedad, nuestra edad y nuestra vejez, porque tememos que sean la antesala de nuestra pérdida de dignidad».

«Cada uno de nosotros puede pensar hoy en los ancianos de la familia: ¿cómo me relaciono con ellos, los recuerdo, voy a verlos? ¿Trato que no les falte de nada?... Debemos sentir la responsabilidad de visitar a los ancianos que a menudo están solos y presentarlos al Señor con nuestra oración. 'Una sociedad es

verdaderamente acogedora de la vida cuando reconoce que ella es valiosa también en la ancianidad, en la discapacidad, en la enfermedad grave e, incluso, cuando se está extinguiendo' ».

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Valoramos a nuestros abuelos? ¿Les ayudamos a convivir y compartir con las nuevas generaciones? ¿Les invitamos a servir a la comunidad y les posibilitamos que lo hagan?

¿Les ofrecemos oportunidades para ser iluminación de las nuevas generaciones, para ser maestros en la fe, en la conciencia de formar parte de un pueblo?

¿Aprendemos de ellos, en positivo, la lección de la fragilidad y la confianza?

¿Logramos estar cerca de las situaciones de desvalimiento de nuestros ancianos y de duelo por su muerte?
¿Cómo? ¿Qué más podríamos hacer?

TEMA 11

Los niños en el centro

Dreher recuerda que Hilary Clinton, primera dama de Estados Unidos, utilizó en público un conocido proverbio africano: «Se necesita una aldea para criar un niño». Su reacción, como la de otros integrantes del ala más conservadora del partido republicano, fue de indignación. Pensaban que era otra vuelta de tuerca en el intento de intervención y adoctrinamiento progresista de la infancia y la juventud. Pero años más tarde, cuando tuvo que educar a sus hijos en los valores en los que él mismo creía, descubrió la necesidad de una comunidad, de una “aldea”, para poder transmitirlos; un entorno donde los pudieran conocer, experimentar, vivir. El proverbio africano estaba en lo cierto.

1. La compleja misión de educar

Hace un par de temas hemos visto la misión como una característica constitutiva de la existencia. No tenemos una misión sino que *somos* una misión, cada uno la suya, y en palabras del Papa todas ellas hacen vida diferentes aspectos del misterio de Cristo. Pero ahora estamos hablando de una misión que es de todos, aunque cada uno podamos tener una participación diferente. Es más, nadie puede desarrollarla aisladamente del resto. Me refiero a la misión de educar a las siguientes generaciones. Y realmente es una misión, una dimensión, esencial para la comunidad.

Hoy en día estamos viendo el cansancio de los educadores por las circunstancias en que desarrollan su trabajo, vigilados de cerca por los padres y con frecuencia enfrentados con ellos, que prefieren dar la razón a su hijo y poner bajo sospecha al docente. Al contrario de lo que ocurría hace unos años, cuando si el maestro te había dado una bofetada en clase, en casa te daban otra simplemente porque la palabra del maestro era sagrada.

Los profesores se quejan de las presiones, acusaciones absurdas, amenazas, e incluso violencia física de los padres. Detrás está la actitud de toda una sociedad, que no es ya que sea sobreprotectora de los niños, sino que parece haber abdicado de la tarea de transmitirles cualquier regulación, cualquier principio. Creemos que el ideal de la educación es extraer del alumno lo que él desea, sin ejercer sobre él la más mínima violencia. ¿Resultado?: el “niño emperador”. Nadie puede darle valores que no quiera, nadie puede adoctrinarle en un punto de vista de la moral, de la ética, de la forma de actuar en la vida... «Ya decidirá él si se quiere bautizar cuando sea mayor». ¿No tendrá que ver con esto el fracaso en la adolescencia y en la primera juventud, cuando deba afrontar por sí mismo problemas y frustraciones más complejos?

En el origen de todo esto está la absoluta falta de unanimidad social respecto a cómo se debe educar. Los continuos cambios de marco legal que hace cada partido que gobierna, y traducen la manipulación política y el interés en el adoctrinamiento que dicen querer evitar. Todos los partidos se acusan recíprocamente de lo mismo; lo que es evidente es que ni de lejos se ponen de acuerdo, cuando tendría que ser una cuestión de estado, de todos.

2. Qué cosa es educar

El problema de la educación no está en los medios sino en los fines. No está en el número de ordenadores por aula sino en para qué queremos educar. Adela Cortina, conocida filósofa española, en un interesante artículo en *El País* que ya tiene algunos años¹⁷, reaccionaba a la reducción de las horas de humanidades opinando que «El problema número uno de cualquier país es la educación... Los nuevos aires insisten en preparar a los alumnos para desarrollar competencias tanto en los estudios técnicos como en las ciencias y las humanidades. ¿Competentes, para qué? Para desempeñar ocupaciones asignadas por el mercado laboral, claro está».

«Sigue pendiente aquella pregunta sobre si hay que incluir en el currículum materias de Humanidades, que preparan para tener sentido de la historia, dominio de la lengua, capacidad de criticar, reflexionar y argumentar. Que no son competencias para desempeñar una ocupación, sino capacidades del carácter para dirigir la propia vida. Nada más y nada menos... Aprender a enfrentar la vida común... Cosas, que no pertenecen al dominio de las competencias, sino a la formación del carácter».

Este texto encierra cuestiones importantes: debemos dedicar tiempo a que los chicos adquieran competencias, pero éstas de nada valdrán si no aprenden a gobernarse a sí mismos y a convivir con los demás. Si no aprenden el valor de la justicia, de la verdad, de la bondad, del bien, pero también el de la paciencia, la superación, la alegría, la coherencia, la sencillez... Es el punto de vista de una filósofa. Podemos no estar de acuerdo, pero sería bueno preguntarnos, ¿tenemos claro para qué queremos la educación?

Probablemente hoy los niños son un bien escaso, y por eso nos llaman más la atención. Nos gusta verles jugar y correr. Pero estamos llenos de contradicciones. Al mismo tiempo que les miramos embobadas, los evitamos como un estorbo. Cuántas parejas recién casadas, si les preguntas cuando piensan tener hijos, te responden: «¡Aún somos jóvenes, hay que disfrutar un tiempo antes de cargarnos de responsabilidades!» Y condenamos a esos hijos ¿sobreprotegidos? a pagar la factura de nuestros excesos ecológicos, energéticos, del agotamiento de las materias primas, de la carga insostenible de la deuda pública...

¿Somos justos con nuestros niños? En lugar de verles como un espectáculo bonito y tierno, pero a distancia, en lugar de sobreprotegerlos, ¿no deberíamos ponerles en el centro del grupo, del “clan”, y de nuestras preocupaciones, de nuestras tareas, como hicieron generaciones y generaciones de humanos antes que nosotros, casi desde la época de las cavernas?

En un ambiente ideológico parecido al de Dreher hay que situar la novela, para algunos clarividente, para otros quizá un tanto ñoña: *El despertar de la señorita Prim*. Se trata de una comunidad idílica, San Ireneo de Arnois, una sinfonía donde todo tiene vida propia pero el corazón de la aldea es el grupo de niños. Cada familia pone algo de su tiempo y atención en educarles, pero quien se encarga directamente de ellos, “el hombre del sillón”, es realmente el hombre fuerte, el creador y dirigente del grupo, que ha descubierto que los pequeños son la tarea prioritaria. ¿Acaso debiéramos hacer algo parecido: conscientes de la importancia de los niños, ponerles en el centro de la comunidad, y dedicar a ellos lo mejor de nuestros recursos materiales y humanos?

3. Educación y transmisión de la fe

Dreher dedica un capítulo de su obra a «La educación como formación cristiana». Su punto de vista es que el verdadero conocimiento, integrando armónicamente pasado, presente y futuro, debe conducirnos a Dios. «Ser humano es crecer en el amor al bien, la verdad y la belleza por medio de la acción y la

¹⁷ *La educación como problema*. El País, Opinión. 28 de mayo de 2008.

contemplación, de la fe y la razón. Todo esto son reflejos del Dios trino en quien vivimos, nos movemos y existimos». Educar a un hombre, para Dreher, no es algo diferente de hacer de él un buen cristiano.

Puede ser esta un área donde nuestra sensibilidad europea más se separa de algunas propuestas del autor, perteneciente al universo americano, por ejemplo, sacar a los niños de la educación reglada -pública o privada- y darles clase en casa, y así evitar cualquier adoctrinamiento laicista. En cualquier caso, aceptamos que la “educación religiosa” es algo esencialmente diferente de la enseñanza escolar, y pertenece al terreno de la catequesis, al ámbito de la parroquia.

Y aquí volvemos a preguntarnos si la comunidad, en este caso la comunidad cristiana, de hecho asume su papel en la transmisión de la fe. El día de su bautismo afirmamos que junto con el compromiso de los padres está el de toda la comunidad, que se hace co-responsable de la iniciación cristiana del niño. Pero cuando llega la edad de inscribirles en catequesis, el único responsable que está presente es el cura -con su reducido y sufrido grupo de catequistas-, y las exigencias del pastor a menudo se ven como impertinentes o desmedidas.

Pensemos en nuestras catequesis de Primera Comunión o Confirmación. Pensemos en los valores que se intentan transmitir, y preguntémosnos si lo logramos. Preguntémosnos si conseguimos que el niño se integre en la comunidad, porque ese es el principal problema a la hora de perseverar o no en la práctica religiosa. Recordemos la frecuente soledad del catequista, incluso frente al grupo de padres, que a menudo lo único que desean es que haya una bonita ceremonia, y no entienden por qué sus hijos deben perder horas de entrenamiento deportivo o de clase de música por “absurdas” actividades de la parroquia.

Pensemos en las catequesis familiares, que están bien, son un gran avance, y preguntémosnos si realmente sirven -allí donde se han puesto en marcha- para crear un contexto social, comunitario, de vivencia y transmisión de la fe. Por motivados que estén, ¿son los padres suficientes, o necesitan el concurso de otras personas, de la comunidad en su conjunto?

4. La cofradía y sus niños

«Dejad que los niños se acerquen a mí» (Mt 19, 14). No podemos decir que la presencia de niños en las cofradías sea un fenómeno nuevo, pero sí es nueva la forma en que están. Antes iban con sus padres, y mostraban un respeto reverencial por todo lo que allí se hacía, pero casi no se les dejaba tocar nada. Aún recuerdo el aire añejo y encorsetado de las cofradías de mi infancia. Ahora los niños son ellos mismos cofrades, casi diríamos el centro de la vida de la hermandad; toman la cofradía por su casa y les vemos, desde pequeños, muy serios en las procesiones pero jugando y corriendo por la iglesia y la casa de hermandad.

Se dan dos fenómenos llamativos: por un lado la cofradía es un sitio donde los niños pueden “hacer su vida” sin estar vigilados de cerca por los mayores, porque es un entorno protegido donde sabemos que no corren riesgos. Por otro lado, hay una estrecha convivencia entre abuelos, padres e hijos, una convivencia bastante paritaria, todos están en un cierto “régimen de igualdad”.

Sin pretender sobreproteger a los niños, simplemente mirando esa imagen de los críos (y adolescentes) en nuestras hermandades, ¿qué ocasiones encontramos de “educación” y todo lo que ello encierra? Me refiero a la construcción de grupo, la diversión “sana”, la transmisión del amor a la hermandad, la convivencia con los otros, la ocasión de celebraciones personales y de familia, de juego... Pero también de educación cristiana, en valores, de enseñar a rezar, a conocer a Jesús...

¿Acaso nuestras hermandades deberían ser ejemplares en asumir el compromiso de educación de los niños, y en concreto la transmisión de la fe?

Pensemos también en tantas cofradías que han sabido ser cauce para que niños y jóvenes completen su iniciación cristiana. En cuántos niños han encontrado en ellas no sólo la motivación y la oportunidad para recibir los sacramentos, especialmente el de la confirmación, sino también la comunidad de referencia que les

estímule a prolongar su práctica religiosa más allá del día en que reciben el sacramento. Pensemos, con agradecimiento, en aquellas hermandades, juntas, vocales de formación, párrocos y consiliarios,... que han visto aquí un reto y una oportunidad y han sabido atenderla.

Pensemos, una vez más, en el acompañamiento. Sí, es un término recurrente, una dimensión necesaria en la vida de la Iglesia, hoy y siempre. Una cofradía capaz de acoger y acompañar los procesos personales de los chicos, capaz de escuchar sus lamentos y sus sueños, con paciencia, con dedicación, con esperanza. Porque más que profesora sabe ser madre, familia, hogar.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Qué implicación tiene la sociedad en su conjunto en la educación de los niños? ¿Qué educación en valores personales y comunitarios se realiza hoy? ¿Cuál es el resultado? ¿Qué deberíamos hacer?

¿Cómo juzgamos la situación actual de la formación religiosa y la iniciación cristiana? ¿Cuál es el resultado? ¿Qué se puede hacer desde la cofradía?

¿Qué presencia tienen los niños en nuestra cofradía? ¿Qué nos parece la propuesta de “poner a los niños en el centro de la vida de la hermandad”? ¿Qué recursos (humanos, materiales) les dedicamos? ¿Deberíamos hacer más?

¿Cómo contribuye la cofradía a la iniciación cristiana y a la perseverancia en la práctica religiosa de los niños y jóvenes? ¿Qué más podríamos hacer?

TEMA 12

Preservar una cultura cristiana

La idea central en la obra de Dreher es la preservación de una cultura cristiana en tiempos de conflicto, como hizo san Benito en sus monasterios; es para eso para lo que hay retirarse del mundo y defenderse en pequeñas comunidades. En el tema anterior citábamos de pasada una novela, *El despertar de la señorita Prim*, de la periodista y escritora gallega Natalia Sanmartín Fenollera¹⁸. Nos dicen que ha sido traducida a once idiomas y se ha distribuido ampliamente, pero lo que importa ahora no es su éxito editorial ni su valor literario, sino la visión que encierra. Se trata de presentar una comunidad, bastante aislada y autosuficiente, donde se mantengan la identidad cristiana y la cultura clásica. Los niños de la aldea, además de aprender a conocer a Jesús y a rezar, desde muy pequeños son capaces de recitar de memoria a Dante o Virgilio, de estudiar geometría en el libro de *Los elementos* de Euclides, o de tararear un motete de Palestrina.

No se trata de una ocurrencia casual. Hace ya algún tiempo, en los años 70 y 80, Jhon Senior, un profesor americano que precede a Dreher y Sanmartín, daba clase de literatura y cultura clásica en diversas universidades americanas. Era un católico convertido, crítico con la reforma del Concilio Vaticano II (especialmente con la misa de Pablo VI) y muy próximo a los sectores más tradicionalistas de la Iglesia. En los 70 funda en la Universidad de Kansas, junto con otros profesores, el llamado *Programa Pearson de humanidades integradas*, un intento de que sus alumnos acedan al saber humanista tradicional, con un programa de lecturas que comenzaba en Homero e incorporaba todo tipo de manifestaciones culturales y artísticas. Y todo ello convencido de que esa cultura clásica debe llevar al conocimiento de Dios, suma belleza y suma verdad. Senior piensa que el mayor daño que ha sufrido la fe cristiana es la quiebra de esa cultura (que llamamos cultura occidental y él llama simplemente cultura cristiana), y lo mejor que podemos hacer por la fe es restaurar esa cultura. De hecho, más de doscientos de sus alumnos se convirtieron al catolicismo y varios abrazaron la vida monástica en la orden benedictina¹⁹.

1. La necesidad de una cultura

Dejamos por ahora el debate sobre a qué cultura nos referimos, y nos centramos en la necesidad que tenemos de una cultura en la que ubicar la fe. El Vaticano II hace un elogio sobre el valor de la cultura: «Aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales... hace más humana la vida social; expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones...» (*Gaudium et Spes*, núm. 53). Sobre todo, el Concilio abre la cuestión del diálogo entre el Evangelio y la cultura *actual*.

Ha sido san Juan Pablo II quien más ha reflexionado sobre ese diálogo, consciente de que la Encarnación del Verbo ha sido también una encarnación cultural, es decir, que al asumir lo humano, el Hijo de

¹⁸ Editorial Planeta (2013).

¹⁹ El programa *Pearson* fue clausurado por la Universidad de Kansas. Senior falleció en 1999, pero su huella pervive. Por iniciativa de Natalia Sanmartín se han editado recientemente alguna de sus obras, como *La restauración de la cultura cristiana* (2018) o *La muerte de la cultura cristiana* (2019), ambas en la Editorial *Homo legens*. En la misma órbita se pueden encontrar grupos como el *Instituto de Cultura Católica*, y otros.

Dios asume también, necesariamente, una cultura. Las ideas de este Papa se centran, primero, en sostener que la fe es superior a la cultura y no puede reducirse a los elementos culturales que la transmiten. Y segundo, afirmar que es urgente el diálogo, incluso crítico, con las culturas, lo que supone al tiempo la inserción del evangelio en una cultura autóctona y la introducción de esa misma cultura en la vida de la Iglesia. «La síntesis entre la cultura y la fe, decía Juan Pablo II, no es solamente una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, totalmente pensada y fielmente vivida»²⁰.

Volvamos a Jhon Senior: «¿Qué es la cultura cristiana? Esencialmente la Misa. [...] La Cristiandad, que el secularismo llama Civilización Occidental, es la Misa y todo el aparato que la protege y favorece. Toda la arquitectura, el arte, las instituciones políticas y sociales, toda la economía, las formas de vivir, de sentir y de pensar de los pueblos, su música y su literatura, todas estas realidades, cuando son buenas, son medios de favorecer y de proteger el santo sacrificio de la Misa. Para celebrar la Misa es necesario un altar, y sobre el altar un techo, por si llueve»²¹.

El papel que Senior da a la cultura, a toda ella, el arte, la literatura, la música, las formas de vivir y sentir de los pueblos... es proteger de la intemperie al corazón de la fe, que para él es precisamente la Misa. Podemos estar seguros de que Misa la habrá siempre, porque Cristo va a estar con nosotros «hasta el final de los tiempos», pero esa Misa puede no estar protegida del mismo modo.

Pensemos en los niños y jóvenes que son iniciados en la fe y no perseveran, por falta de compañías o de apoyos en sus ambientes. Pensemos en quienes tienen una intensa experiencia de fe en un santuario, en el Camino de Santiago o visitando a una comunidad monástica, y luego esa experiencia se agosta por falta de ambientes que la arropan y cuiden. Y comparemos estas situaciones de hoy en día con las que se podían vivir hace tan solo 80 u 100 años, cuando la cristiandad aún era una realidad. ¿La solución son pequeños grupos, comunidades cerradas y sobreprotegidas, donde se viva una fe “de invernadero”? Eso puede funcionar un tiempo o para algunos, pero ¿permanentemente y para todos?

Por otra parte, el objetivo que nos marca Juan Pablo II es el diálogo de la fe con toda cultura *actual*, porque la fe tiene que encarnarse –como Cristo lo hizo– en esta cultura concreta, y en esa, y en la otra. Identificar cultura occidental con cultura cristiana es un ejercicio muy presuntuoso, que además podemos calificar de *etnocentrismo*: pensar que nuestra cultura es superior al resto. El objetivo que señalaba el Papa es el diálogo de la fe con la cultura *viva* de esta sociedad, de cada sociedad, no con la obra de Homero.

2. La religiosidad popular como cultura

Los Papas han dedicado elogiosas palabras a la Religiosidad Popular, comenzando por san Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*. Pero ha sido sin duda el Papa Francisco quien más ha reflexionado sobre el fenómeno, precisamente por su origen americano. «Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación... En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo»²².

Pero, ¿qué es exactamente religiosidad popular? «Por religiosidad popular, en los países que han sido tocados por el evangelio, se entiende generalmente la unión de la fe y de la piedad cristiana, por una parte, con la cultura profunda y formas de la religión anterior de las poblaciones»²³. Esta definición, ya antigua, nos ayuda a ver que la Religiosidad Popular es, por esencia, fe y cultura al mismo tiempo. En ella se realiza de

²⁰ Carta de fundación del Consejo Pontificio de la Cultura, 20 de mayo de 1982.

²¹ Senior, J. *La restauración de la cultura cristiana*, pag. 36.

²² Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (2013), núm. 122-126.

²³ Comisión Teológica Internacional. *Fe e Inculturación*. 1987.

forma original la síntesis entre el genio de un pueblo y la fe cristiana, pero no de un modo casual sino, generalmente, tras el trabajo activo de pastores y pueblo cristiano, y tras siglos y siglos de asimilación. Algo que no podemos despreciar ni querer borrar de un plumazo.

Enseguida notamos que la Religiosidad Popular se refiere a la cultura *popular* de un pueblo, que no coincide exactamente con la cultura *actual* y su problemática. Pero vemos también que, aunque pueda generar rechazos puntuales (como todo), esa religiosidad popular pertenece, en mayor o menor grado, al imaginario colectivo de todo el pueblo.

Un ejemplo: el día de difuntos. Serán muchos, probablemente cada vez más, los que en ese día no celebren nada especial. Pero sus vecinos, los medios de comunicación, incluso la Dirección General de Tráfico, les estarán advirtiendo de esa fecha y les estarán ofreciendo claves para entenderla, quizá claves erróneas o irrelevantes, pero que están ahí.

¿De qué manifestaciones estamos hablando? Hagamos un rápido repaso:

- El calendario: los tiempos litúrgicos, la Navidad, la Cuaresma, la Pascua; solemnidades y fiestas del año, conmemoraciones de los santos, fiestas patronales de una comunidad o de un colectivo, etc.
- Los lugares sagrados: santuarios, romerías
- Las peregrinaciones
- Las procesiones
- La devoción mariana, con advocaciones locales y universales
- La devoción local o universal a los santos
- La iniciación cristiana y sus ritos sociales: bautizos, primeras comuniones
- Otras prácticas sacramentales y penitenciales: desde las bodas o exequias hasta el potaje de cuaresma
- Las bendiciones (de campos, de niños, de coches...)
- El recuerdo de los difuntos
- Las *cosas santas* (agua bendita, escapularios, imágenes...)
- Los ritos personales: santiguarse al salir de casa
- La presencia de objetos religiosos en casa o en el espacio público (cruces, fotografías y estampas, cuadros, rosarios...)

Sin duda podríamos seguir. Todos reconocemos en estas manifestaciones una parte significativa de nuestra propia vida de fe. Ocasiones que se presentan como una importante experiencia religiosa, y para algunos la única que tienen. Por ejemplo, la participación en una procesión, en el besapié de Jesús de Medinaceli, en la realización del Camino de Santiago o asistiendo al funeral de algún ser querido. Pensemos en la actitud sencilla y honda, piadosa, con que muchos viven estas manifestaciones, y preguntémonos qué quedaría de la vida de nuestras parroquias si todo esto desapareciera. Mantener y cuidar todo esto, ¿no es cuidar una cultura cristiana?

3. La cofradía y la cultura cristiana

La cofradía, como comunidad cristiana, está sometida para bien o para mal a un diálogo con la cultura actual. Es influida –y mucho– por las corrientes de pensamiento, que incluso pueden vaciarla por completo de significado, reduciendo su actividad a un mero problema folclórico o turístico. Pero también puede influir en esa cultura, en la medida en que es capaz de transmitir una orientación creyente a la vida de sus miembros, empezando por la propia forma en que entienden la hermandad y lo allí se ella hace. Todo ello sin excluir la oportunidad de debatir u orientar sobre aspectos de la cultura dominante, como puede ser el valor de la vida, la sexualidad, la vejez, el individualismo, etc.

Pero volvamos a Jhon Senior: para que la Misa no esté a la intemperie necesita una cultura. Para que las vivencias de fe de los cofrades y de quienes se acercan a la hermandad no se esfumen o se agosten, como una planta abandonada en el desierto, hay que rodearles de un ambiente propicio. Un ambiente que no sea

sólo el tiempo en que están a gusto en la casa de hermandad (o en tal celebración, o en tal peregrinación, o en la Misa del domingo), sino que logre empapar un poco más el día a día de los cofrades. Esta es una cuestión capital para vivir como cristiano hoy. Reconozcamos su trascendencia. La pregunta ahora es si la cofradía puede hacer algo en cuanto a la cultura cristiana en general, y en el terreno de la religiosidad popular en concreto.

La cofradía, ella misma, es religiosidad popular, por lo tanto es cultura y es fe al mismo tiempo, sin entrar a juzgar cuánto tiene de fe y de cultura para cada cofrade. Seguramente podemos pensar una y mil maneras de “crear cultura” popular desde la hermandad. Por ejemplo, fomentar que los hermanos tengan en su casa reproducciones de la imagen titular, o haciendo alguna sugerencia para vivir la Navidad. Puede haber propuestas celebrativas y también festivas; exposiciones o excursiones; actividades formativas y divulgativas, junto con otras de carácter oracional o ritual; para todos o sólo para los esposos o los niños; comunitarias o destinadas al ejercicio privado. ¿Cuáles se nos ocurren?

En nuestra sociedad, la religión ha perdido la función de «hilo de la memoria», la exclusiva a la hora de aglutinar el relato social. Pero aún conserva amplísimas áreas de influencia, por ejemplo en el campo de la asistencia social, donde la labor de Caritas y otras organizaciones católicas es ampliamente reconocida. Muchas de estas áreas de influencia están precisamente en el terreno de la cultura; un ejemplo es la preservación del patrimonio artístico religioso, y su exhibición con orientación creyente.

Pero no se trata sólo de conocer lo que hace la Iglesia, o de ver arte con ojos de turista. Para que la cultura sea viva ha de ser vivida. Junto con el gran relato de la fe, el que conmemoramos cada año en el ciclo litúrgico, tienen que estar los pequeños relatos personales, privados. «Mi abuelo iba a rezar a esta imagen». «De pequeño me trajeron a este santuario». «Esta estampa de la imagen de la cofradía estaba en la cabecera de mi cama en el hospital». Relatos privados que hacen que la cultura no sea algo lejano e impersonal sino nuestro, que sea capaz de iluminar nuestra vida.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

Muchos que acaban su proceso de iniciación cristiana, que reciben la Primera Comuni3n y la Confirmaci3n, desaparecen de nuestras comunidades. ¿En qué medida es causante de este abandono la ausencia de una “cultura cristiana” que les arropen? ¿Qué se podr3a hacer en ese sentido?

¿Qué posibilidades vemos de establecer un di3logo desde la fe con la cultura dominante actual y sus preocupaciones (globalizaci3n, crisis econ3mica, individualismo, sexualidad, valor de la vida..)?

¿Qué posibilidades vemos de crear, o ayudar a mantener, una cultura cristiana? ¿Qué posibilidades nos ofrece la religiosidad popular? ¿Cuáles de sus manifestaciones nos parecen más interesantes y realizables a la hora de “crear cultura”?

¿Qué hacemos en la cofradía para aprovechar estas posibilidades que nos ofrece la religiosidad popular? ¿Qué más podr3amos hacer?

TEMA 13

Ser luz del mundo (I)

1. Nacidos para ser sal y luz

A lo largo de estos temas hemos ido siguiendo como hilo conductor *La opción benedictina* de Rod Dreher. Hemos aceptado su diagnóstico sobre la situación actual, aunque matizándolo y complementándolo. Hemos recogido algunas de sus propuestas básicas como la importancia de la comunidad o la necesidad de radicar la vida Cristo. Más diferencias puede haber habido en temas como la familia o la cultura cristiana. Pero la discrepancia es mayor sin duda en este último tema, necesario y que puede abrirse a posteriores desarrollos. Me refiero a la repercusión pública de los cofrades y de la cofradía.

La mayoría de las críticas a Dreher están en este terreno. Un conocido profesor y articulista²⁴, lo sintetizaba diciendo que junto al “modelo benedictino”, consistente en retirarse del mundo y de lo público, es necesaria una “opción paulina”, quizá restringida a determinados cristianos o movimientos, llamados a llevar la fe a la vida pública. Como hizo san Pablo, apóstol de los gentiles, centrándose en los *areópagos* actuales, siendo “sal de la tierra” y “luz del mundo”. Pero me resisto a pensar que la presencia pública sea tarea sólo de especialistas. La misión de ser sal y luz incumbe a todo cristiano, a cada cristiano. A los cofrades y las cofradías también.

La experiencia de Dreher, la del conservadurismo social americano, es haber pensado que era posible influir en lo público a través de determinada opción política, fundamentalmente el Partido Republicano; pero luego verse decepcionados por el devenir de este partido, que se alejaba de lo ideológico y caía en el populismo. En todo caso, dice el autor, «los cristianos no podemos permitirnos esfumarnos del espacio público», pero «una auténtica reconstrucción cultural no tenía que darse fuera de la Iglesia, sino dentro». Su opción es: ahora hay que crear una comunidad que ofrezca asilo y protección a los exhaustos creyentes de hoy, una “aldea cristiana”, aun a riesgo de cerrarse al mundo. Dejaremos la presencia pública para cuando hayamos conseguido un consenso. Mientras tanto él propone medidas tales como “enviar cartas personales a los legisladores”, “ser educados y respetuosos”, “velar por la libertad de las instituciones cristianas” o “hacernos con todos los aliados que podamos”.

Pero el mandato de Cristo sigue siendo otro: id y anunciad el Evangelio a toda la creación, siendo sal y luz para el mundo.

2. ¿Una tarea difícil?

A la vista de la situación actual parece tremendamente difícil influir en el ámbito público. Hay que ser muy osado para realizar lo que hizo Pablo en el Areópago de Atenas: tomar la palabra y dirigirse con autoridad a la multitud. Y más sabiendo que su éxito fue tan escaso, casi nulo: solo consiguió convencer a Dionisio, a Dámaris y alguno más; el resto lo tomaron a broma. Si él, con su empuje y preparación, no logró casi nada, ¿qué haremos nosotros?

²⁴ Sánchez Garrido, P. *La opción paulina. Un complemento para la propuesta benedictina*. El Debate, 31-01-2019.

Lo curioso de la situación que nos toca vivir es que algunos sectores, que antes estaban en la retaguardia de la fe ahora, ante el repliegue de otras opciones, se ven en primera fila. En concreto la religiosidad popular y las cofradías, por sus amplias conexiones con la sociedad y la cultura, tienen una gran proyección exterior, una relación con toda la sociedad, incluso con la increencia. Todos reconocemos el éxito social del Camino de Santiago, y recordamos las declaraciones anuales de algún conocido actor que carga un paso de Semana Santa. Más allá de la anécdota, ¿no se trata de un fenómeno a considerar?

El problema a la hora de ser sal y luz es hallar el término medio. No podemos conformarnos con ser nosotros mismos, y ya se fijarán otros en lo que somos. Crecer como los champiñones, a partir de un micelio subterráneo e invisible, que va alimentando la planta y hace que, de vez en cuando, aflore a la superficie algún fruto significativo. Pero tampoco podemos caer en el extremo contrario: buscar la repercusión pública de cada cosa que hacemos, querer ser el “perejil de todas las salsas”. Algo que les puede pasar a algunas cofradías y juntas locales, aunque no sepan muy bien por qué ni para qué lo hacen.

Me parece a mí que la cofradía, por su propia existencia, ya tiene intrínsecamente una dimensión pública; ni mucha ni poca, la que le corresponde. No se trata de ocultarla y tampoco de explotarla, simplemente de saber ser, con transparencia, lo que se debe ser. ¿Cómo puede concretarse esto? En el todavía reciente *Congreso de Laicos* (Madrid, febrero del 2020), presentaba Agustín Domingo Moratalla, profesor de la Universidad de Valencia, una serie de líneas que pueden iluminarnos. Como son bastantes, vamos a verlas en dos temas. No lo tomemos como un guion sino como sugerencias.

a) Promover la cultura del cuidado y la sanación frente a la cultura de la indiferencia

El Papa Francisco, en su mensaje del 1 de enero de 2021, Jornada Mundial de la Paz, proponía la «cultura del cuidado para erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación, que suele prevalecer hoy en día». Recordaba que «la Sagrada Escritura presenta a Dios no sólo como Creador, sino también como Aquel que cuida de sus criaturas», especialmente de los más débiles. Jesús se presenta como el que ha sido ungido «para anunciar la buena noticia a los pobres, enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dejar en libertad a los oprimidos» (Lc 4,18).

¿Y los seguidores de Cristo? «Las obras de misericordia espirituales y corporales constituyen el núcleo del servicio de caridad de la Iglesia primitiva». De esa inspiración «han surgido numerosas instituciones para el alivio de todas las necesidades humanas: hospitales, hospicios para los pobres, orfanatos, hogares para niños, refugios para peregrinos, entre otras». También las cofradías. Ejerciendo el cuidado, siendo faros de misericordia, las cofradías no sólo hacen Iglesia sino que recuperan el sentido más hondo de su auténtica tradición.

El Papa utiliza la expresión “cuidado” en muchos documentos; por ejemplo cuando habla del ser de la familia, que «ha sido siempre el hospital más cercano» (*Amoris Laetitia* núm. 321). «En una época dominada por la cultura del descarte, frente al agravamiento de las desigualdades», nos invita a reorientar nuestra acción hacia el cuidado mutuo, entendido como promoción de la dignidad y de los derechos de la persona, cuidado del bien común y cuidado de la casa común, la creación.

El cuidado está dirigido a la sanación, entendida además como tarea urgente. El Papa ha utilizado varias veces la metáfora de “hospital de campaña”. «Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental».

Lo más elemental es atender a la persona, a su supervivencia. Frente a quienes piensan que lo importante son los reglamentos, las exigencias legales, como hacían los fariseos, el Papa recuerda a la «gente herida que nos pide cercanía, que nos pide a nosotros lo que pedían a Jesús: cercanía, proximidad. Y con esta actitud de los escribas, de los doctores de la Ley y de los fariseos, jamás daremos un testimonio de cercanía».

Específicamente habla de una formación para el cuidado en la familia, en la escuela y la universidad, pero también a través de las religiones y de los responsables de la sociedad. Podíamos preguntarnos ¿No deberíamos nosotros ser también agentes de formación y sensibilización acerca del cuidado?

b) Cuidar vínculos, tender puentes

Una de las preocupaciones básicas del Papa Francisco es tender puentes, allí donde los hombres nos empeñamos en levantar barreras y divisiones. Puentes que superen las diferencias políticas, económicas, culturales... también las diferencias religiosas. Pensábamos que esas diferencias, esos conflictos, eran cosa del pasado, y sin embargo vemos como regresan a la actualidad. «Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia».

El Papa ha dedicado la Encíclica *Fratelli Tutti, sobre la fraternidad y la amistad social*, a hablar de este diálogo. En ese documento nos invita a «trascender un mundo de socios», de meros intereses comerciales o geopolíticos, para proponer de nuevo valores necesarios como la acogida, la fraternidad, la solidaridad, el reconocimiento de los derechos de las personas y de los pueblos... En definitiva: el amor, la caridad social.

Se trata de promover una nueva cultura, no la de «que todo termina con nosotros, que sólo cuentan nuestros intereses individuales», sino la del diálogo y la amistad social, que consiste en «acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto». «Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva».

Los creyentes tenemos la misión de favorecer el diálogo, y reconocer la primacía «que se da a la relación, al encuentro con el misterio sagrado del otro, a la comunión universal con la humanidad entera como vocación de todos». Por el contrario, con cuánta facilidad utilizamos motivos religiosos para levantar muros, incluso dentro de la propia Iglesia.

Domingo Moratalla nos invita a «reinventar la familia, el vecindario y la ciudad» como ámbitos de diálogo, y recuerda que «el riesgo de la separación y la atomización son propios de una sociedad que mitifica la movilidad, la aceleración y el despegue (como des-apego)». Por eso se hace necesario cuidar los vínculos. «En un contexto social, político y cultural que tiende al aislamiento, propongo la imagen del puente como continuidad en la tierra, como no separación absoluta, como vía de comunicación abierta, como voluntad de mediación permanente. Los vínculos se han convertido en un bien escaso que debemos fortalecer».

c) Mantener el diálogo intraeclesial

Hablaba Domingo Moratalla de un *puente intraeclesial* y decía: «Nuestra identidad eclesial aparece fragmentada, segmentada en función de las edades, de las situaciones, de los contextos y de las tradiciones. Faltan puentes entre jóvenes y adultos, entre los grupos de comunión y los de confirmación, entre el voluntariado y la militancia política, entre la espiritualidad y la economía. A veces nuestras comunidades se organizan en términos administrativos y sistémicos como 'centros de servicios' que fallan en la conexión y la comunicación».

Como vemos, se trata de muy diversos niveles de diálogo, que es preciso mantener, y eso también es vida pública de la cofradía. Diálogo dentro de las edades y sensibilidades. Diálogo entre grupos diferentes: «En los ámbitos parroquiales es habitual que convivan diferentes grupos de laicos, es bueno que haya carismas e itinerarios distintos. Sin embargo, no siempre hay una coordinación, formación o un trabajo conjunto porque se organizan aisladamente. Cuando cada grupo laical con su propio carisma encuentra su zona de confort

resulta que la comunidad eclesial se presenta fragmentaria y atomizada». Y eso no es tender puentes ni ser Iglesia de Cristo.

Apunta este autor la necesidad de revisar «la relación que mantienen las parroquias con las escuelas católicas, los colegios diocesanos o centros educativos que también promueven la vida cristiana y el compromiso laical». Es un ejemplo. Hay muchas realidades de vida de Iglesia diferentes, que no son la parroquia o la diócesis, y eso es un don del Espíritu. Lo que no es un don es la ausencia de diálogo.

Justamente el papel de la Jerarquía es mantener la comunión, con las cosas sagradas, pero también dentro de la comunidad y con otras comunidades, con la Iglesia universal. A veces entendemos la jerarquía como una “policía” que inspecciona lo que hacemos, a veces no nos gusta que nos inspeccionen porque pensamos que sólo existimos nosotros.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Nos parece necesario que la cofradía tenga algún tipo de acción pública, como sal y luz del mundo? ¿Y los cofrades también? ¿Esta tarea nos suscita temor o desagrado, o por el contrario alegría y esperanza?

¿Qué valor damos a la cultura del cuidado y la sanación en un mundo donde prima el enfrentamiento y el descarte? ¿Nos sentimos comprometidos con ella? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

¿Qué valor le damos al diálogo y la amistad social, tal como propone el Papa? ¿Qué hacemos, empezando por el diálogo con los más próximos, con los vecinos? ¿Qué más podríamos hacer?

¿Cómo vivimos el diálogo intraeclesial? ¿Qué logros y qué carencias vemos? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

TEMA 14

Ser luz del mundo (II)

Seguimos aquí con la misión de ser sal y luz del mundo, encomendada por el Señor, que ya comenzamos a comentar en el tema pasado. Hoy vemos otras áreas y posibilidades.

d) *Cuidar nuestras propias instituciones*

Siguiendo a Domingo Moratalla, vemos el reto de cuidar los vínculos que se ponen en juego en nuestras propias cofradías o juntas locales. «Los vínculos no son únicamente relaciones naturales o involuntarias sino lazos y relaciones familiares, sociales y culturales, es decir, necesitamos regarlas porque no crecen solas... Las instituciones, los vínculos y las relaciones no se mantienen de manera automática, requieren trabajo, esfuerzo y vigilancia... Las instituciones no se cuidan solas y requieren de nuestro vigoroso compromiso responsable».

«El valor de las instituciones reside en que son cauce para la cooperación social en la consecución de bienes comunes. No podemos resignarnos a que pierdan su valor cuando dejan de servir a los fines para los que nacieron. Muchas instituciones son utilizadas por quienes las secuestran en su propio beneficio y, por tanto, estamos llamados a vigilar y denunciar su instrumentalización. Puede suceder en instituciones eclesíásticas y civiles».

«La indiferencia ante la verdad, la complicidad con la mentira, el olvido de la ejemplaridad y la instalación en una cultura de la desconfianza atomizante han contribuido a la desestabilización de las instituciones. Las instituciones son imprescindibles para vivir juntos, colaborar y conseguir fines compartidos. La confianza institucional permite la colaboración entre personas que no se conocen y facilita una capacidad concertada de actuar comunitariamente. Cuando no se cuidan los vínculos interpersonales todas las instituciones corren el peligro de convertirse en puras organizaciones. Mientras estas últimas se mantienen por el control y la coacción, las instituciones se mantienen por unos vínculos cuidados que se expresan en convicciones responsablemente compartidas».

Cuidar las relaciones dentro de la hermandad, cuidar la institución que la cofradía, es revitalizar los vínculos pero igualmente impedir que nadie la manipule ni adúltere: esa es también una tarea necesaria.

e) *Gestionar inteligentemente nuestro patrimonio*

Dice Domingo Moratalla: «Disponemos de un patrimonio cultural inexplorado, inexplorado y desconocido para la gran mayoría de las comunidades cristianas. Damos por supuesto que forma parte de un almacén y que siempre estará disponible. No nos damos cuenta de que ese patrimonio es un legado cuyo valor tiene que ser actualizado por todas y cada una de las generaciones. Además de las tradiciones y la religiosidad popular, el patrimonio cristiano tiene una dimensión cultural y simbólica que apenas si conocemos. En tiempos de transformación de las industrias culturales, tendríamos que preguntarnos qué tipo de cultura estamos consumiendo, produciendo o promocionando. En qué medida la actualización de nuestro patrimonio cultural puede contribuir a fortalecer raíces y vínculos».

El patrimonio artístico y simbólico de las cofradías, material e inmaterial, es un enorme activo que tenemos en nuestras manos, al servicio de todos. Es necesario gestionarlo de forma inteligente y responsable para poder mantenerlo, exponerlo, darlo a conocer y explicarlo para que sea bien interpretado, bien entendido. De esa manera será como enriquezca verdaderamente a quien lo contempla.

Se ha hablado mucho de la contribución del patrimonio, también del patrimonio inmaterial, a la sostenibilidad de las comunidades, por ejemplo de pequeños pueblos con tradiciones cofrades multiseculares, que gracias a ellas tienen una visibilidad y una posibilidad de futuro. Se ha hablado menos de la sostenibilidad del propio patrimonio, también del patrimonio inmaterial; estoy seguro de que a partir de ahora oiremos hablar bastante. No es sólo su conservación o exhibición: es muy fácil exigir subvenciones para restaurar bienes que no tendrán uso, es muy fácil diseñar un museo y luego no tener nadie que lo abra. Pero hay otros problemas más sutiles que están empezando a dar que pensar.

Por ejemplo la gentrificación: la invasión de turistas en un determinado barrio o en una determinada fecha, que hace que tal procesión pierda su sentido original. He visto calles en que se apagaba el alumbrado cuando atravesaba la procesión, y ahora no lo apagan porque los continuos flashes de los teléfonos móviles hacen que los cargadores queden deslumbrados y no pueden caminar con seguridad.

Pero hay otro problema de sostenibilidad más profundo y a la larga más grave, que tiene que ver con la autenticidad con que se vive esa tradición por parte de quienes participan en ella. ¿Qué pasa si la mayoría de los que hacen el Camino de Santiago no saben ni les importa quien fue Santiago, ni si existió realmente? ¿Qué pasa si la mayoría de los que salen en una procesión de Semana Santa no son creyentes? ¿Si no saben, ni les importa, que Jesús sea hijo o esposo de María?

No hay que olvidar que el elemento central del patrimonio inmaterial, tal como lo declaró la UNESCO en 2003, no es la manifestación o el rito en sí mismo, sino las personas y las comunidades implicadas. Por tanto se trata de un fenómeno vivo, y como tal sometido a interacciones con la naturaleza y con la historia de las personas y las comunidades, continuamente recreado, y continuamente transmitido, de generación en generación. «Las culturas nunca se detienen, están continuamente en desarrollo». Precisamente se ha criticado la protección de la UNESCO porque pretende “hacer permanente lo impermanente”.

El sentido de identidad y continuidad del patrimonio le da ese valor por el cual es acreedor de salvaguardia, que consiste en proteger y preservar estas manifestaciones. Y eso incluye actividades de identificación, documentación, investigación, conservación, protección, promoción, mejora, revitalización. Un proceso complejo con repercusiones económicas y sociales; un proceso que somete a ese patrimonio a tensiones o presiones, y al final puede hacer que la manifestación protegida acabe siendo otra diferente de la de partida. Nuestras tradiciones cofrades pueden “morir de éxito” o de “*subvencionitis*”.

Es complicado. Se trata de ser conscientes, ser lúcidos, y no dejarse manipular. Saber mantener la propia identidad, la autenticidad, saber quiénes somos: eso es sostenibilidad.

f) No rechazar compromisos públicos

Domingo Moratalla, que tuvo una época de actividad política, defiende la necesidad de la presencia pública, pero matiza. «La distinción entre *presencia pública* y *presencia política* es importante. Hablamos de actividad y presencia pública cuando nos referimos a los diferentes ámbitos de la vida asociativa, planteados en general como sociedad civil. Hablamos de actividad y presencia política cuando nos referimos a la presencia en partidos *políticos*, en organizaciones donde el poder, la controversia y la disputa por espacios de influencia administrativa es determinante». Aquí queremos hablar de la presencia pública, «un ámbito ‘social y público’ que, además de ser previo y anterior a ‘lo político’, le sirve de urdimbre para despertarlo, incentivarlo y alimentarlo, sin confundirse necesariamente con él».

Ante la privatización de los compromisos, se nos invita a la *actividad pública*, «para la que se requiere generosidad y desinterés... Para una iglesia ‘en salida’ es importante articular la dimensión cívica (ciudadanía) con el resto de dimensiones de la vida del creyente». «Nuestro compromiso cívico no es una opción, sino una obligación. Lo es de facto, pero no puede ser instintivo o emotivo, tiene que ser reflexivo, maduro y esperanzador».

«Muchos laicos católicos se sienten solos, como francotiradores y últimos mohicanos de una tradición que emocionalmente se repliega... Tan importante como la mediación individual (sal) es la presencia institucional (salero). No necesitamos un laicado en repliegue, en retirada, a la defensiva y emocionalmente frágil. Necesitamos un laicado con mentalidad de equipo, cívicamente significativo e institucionalmente preparado». Una cofradía tiene, necesariamente, repercusión pública en sus actuaciones. Tiene ámbitos de diálogo institucional con los agentes políticos, sociales y económicos. Puede estar sometida a intereses o presiones de determinados grupos y, tengámoslo claro, muchas de sus actuaciones van a ser leídas con uno u otro sentido dependiendo del color político del interlocutor.

Este autor nos anima a considerar la presencia pública empezando por lo más cercano: «el puente *vecinal* o *de civilidad*. Al insistir en la dimensión socio-política de la fe, prestamos más atención a la parte de presencia política o administrativa relacionada con el ‘poder’ o la promoción de la justicia y nos desentendemos de la presencia pública o cívica más inmediata relacionada con el *servicio vecinal*, o simplemente la lógica de la ayuda vecinal mutua».

La cofradía no es un instrumento de participación política; si alguna, en determinado momento histórico, lo ha sido, estaba herrando el tiro. El Derecho Canónico limita mucho la participación política de los presidentes de asociaciones públicas de fieles, que tienen una especial vinculación a la jerarquía eclesiástica por promover el culto público. Y eso es garantía de que la Iglesia no se identifica con ninguna opción política, pero también de que la cofradía está necesariamente abierta a creyentes de cualquier ideología.

Pero tampoco hay que demonizar la política, y dentro de ella hay muchas tareas para realizar como creyente, empezando por favorecer la creación de puentes de respeto y entendimiento con los adversarios.

Domingo Moratalla termina su ponencia con un texto de Paul Valadier, jesuita francés: «Cuando las iglesias educan a sus fieles para vivir según el evangelio, los convencen de la fuerza y belleza del mensaje cristiano, les abren al sentido del prójimo o de la solidaridad humana más amplia, realizan un trabajo eminentemente político, porque forman ciudadanos responsables y críticos, inculcándoles un conjunto de convicciones sin las cuales nuestras democracias se derrumbarían...las iglesias deberían tener un papel de refundación simbólica de nuestras democracias, no en el sentido de que deban influenciar directamente sobre el poder o ejercer una presión sino para reestructurar un imaginario colectivo degradado... E incluso cuanto más conscientes sean de las amenazas que afectan a los valores democráticos, más deberían ingeniárselas para insuflarles un nuevo aliento» (Valadier, 2005:58).

g) Mantener el profetismo

El profeta no es un adivino ni un futurólogo. No es alguien que acierte con lo que va a suceder, sino que mira al presente, saber ver la realidad presente con la mirada de Dios. Por eso es capaz de entender lo que Dios quiere de nosotros hoy, y de prever lo que puede suceder si no le hacemos caso. Domingo Moratalla habla de «la dimensión profética como urgencia en el laicado actual» y nos recuerda que «los profetas siempre proporcionan ánimo, ilusión y esperanza a los pueblos. Lo hacen desde el realismo. Por eso necesitamos realismo esperanzado, no un simple optimismo ingenuo».

En una de esas homilías casi improvisadas en la Eucaristía de la Domus Santa Marta, en el Vaticano²⁵, el Papa Francisco explicaba que «La Iglesia necesita que todos seamos profetas», es decir, hombres de esperanza, siempre directos y nunca débiles, capaces de decir al pueblo «palabras fuertes cuando hay que decirlas», porque «el verdadero profeta, si hace bien su menester, se juega la piel». Siempre «abriendo las puertas» y arriesgando en persona por la verdad y para «resanar las raíces y la pertenencia al pueblo de Dios». Pero también ser capaces «de llorar sobre el pueblo que ha abandonado la verdad». «Jesús por una parte recrimina con aquellas palabras duras, ‘generación perversa y adúltera’, y por otra parte llora sobre Jerusalén». «La Iglesia necesita profetas, dijo el Papa. Diré más, necesita que todos nosotros seamos profetas: no críticos, eso es otra cosa».

Ningún cristiano, tampoco las cofradías, pueden abandonar la misión profética que consiste en orar, es decir, mirar a Dios con confianza y ponerse a su disposición; luego, mirar la realidad con los ojos de Dios, con el juicio de Dios; y en tercer lugar, hablar al pueblo con valor pero abriendo a la esperanza. El profeta nunca lo ha tenido fácil, siempre ha ido a contracorriente. Es más sencillo decir lo que dicen todos, pensar con la mayoría, que destacarse. Tampoco se trata de ser original como pose estética. Se trata de tener lucidez para ver el hoy con mirada crítica, saber mirar lo esencial, no dejarse seducir ni manipular; se trata de saber denunciar las infidelidades con amor, con caridad, incluso con llanto; y también de abrir caminos de reconciliación y sanación, de esperanza.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

¿Qué nos ha llamado la atención del tema?

¿Cuidamos las relaciones en nuestra cofradía, como una tarea prioritaria al servicio de la misión? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

¿Cómo valoramos la gestión de nuestro patrimonio (material, inmaterial), de cara a nuestra misión de ser sal y luz? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

¿Cómo vivimos la asunción de compromisos públicos, empezando por lo más cercano (vecindad) y siguiendo por nuestras relaciones con el mundo político y económico? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

¿Cómo vivimos la dimensión profética? ¿Somos capaces de “discernir” la voluntad de Dios en lo que vivimos, y de anunciarla a los demás, aún a riesgo de ser incómodos o rechazados? ¿Qué hacemos y qué más podríamos hacer?

²⁵ Martes, 17 de abril de 2018.

El mundo cambia continuamente, desde siempre. La historia de las cofradías nos demuestra cuántos cambios han experimentado éstas a lo largo de los siglos. Sin embargo este fenómeno tiene hoy una dimensión nueva, para algunos es la modificación de la vida y de la tarea de la Iglesia más importante desde la caída de Roma, es decir, en quince siglos. Puede existir en los agentes de pastoral un clima de desorientación y frustración, y en el campo de la religiosidad popular el riesgo de perder su sentido religioso, o más simplemente, de perder todo sentido.

Desde la comisión de los encuentros y congresos nacionales de cofradías, hemos visto la necesidad de crear herramientas para analizar la situación actual de las hermandades, y para poner lo esencial, lo realmente importante, en el centro. Este libro ofrece un itinerario de reflexión y formación, una formación que no consiste en aprender conceptos, sino en pensar entre todos cómo queremos que sean, cómo deben ser, las cofradías del mañana.